

Universidad Surcolombiana - Neiva 2019 ©

Once

Relatos Juveniles

Luisa María Cruz Caicedo
Niyireth Cruz García
Narly Viviana Guzmán Bastidas
Karen Natalia Matallana Hernández
Neyder Adrián Muñoz Álvarez
Paula Andrea Ortiz Vargas
Claudia Dahiana Patiño Rodríguez
Yanith Patricia Peña Sáenz
Luis Carlos Proaños Obregón
Carolina Torres Fernández
Annye Lorena Varela Jiménez

Asesor
Erinso Díaz

Diseño y Diagramación
Kristian Camilo Blasquez Perdomo

Semillero Generación Sur
Proyecto PazATiempo
2019
©

ÍNDICE

Al Ritmo de los Sueños, Claudia Patiño.....04
Del Campo a La Metropolis, Annie Varela 07
El Joven en la Periferia, Niyireth Cruz.....13
El Yugo de la Variación, Neyder Alvarez.....17
Lo Sublime de mi Historia, Yanith Sáenz.....21
El Joven que va encarando la Vida, Carlos Prohaños.....27
Mi Vida, Mi Baile, Natalia Matallana.....34
Por una vida más franca, Viviana Guzmán.....39
Calles Calientes, Paula Ortíz.....43
Entre Raíces Endebles, Carolina Torres.....49
Siempre con una Sonrisa, Luisa Cruz.....54
Doce Vidas, Un Propósito, Erinso Díaz.....58

RELATOS QUE DESCUBREN

Once historias componen este libro. Once voces que intentan contar, desde diversos relatos de vida, una línea de hechos particulares que han atravesado el espíritu representativo de la vida de un grupo de jóvenes de la ciudad de Neiva.

Once puede constituirse como un acercamiento sobre lo que significa ser joven en Colombia desde una mirada local. Sabemos que estas historias son una ínfima representación de lo múltiple, diverso y complejo que resulta ser el universo juvenil; sin embargo, también tenemos claro que se configuran en un punto de partida para acercarse sin ninguna pretensión analítica, a las experiencias de vida de once jóvenes que hicieron parte del Proyecto Pazatiempo y quienes decidieron compartir algunos de los hechos con los que han tejido lazos vitales con su pasado, su presente y su futuro.

En esta serie de relatos personalísimos, es posible leer, para comprender sin prejuicios, las realidades que han afrontado y siguen afrontando los jóvenes de la ciudad y del país, promoviendo la oportunidad para descifrar e interpretar sus dilemas y convicciones, sus sombras y sus fulgores, sus miedos y sueños. A su vez, es la oportunidad para generar desde sus propias voces tan disímiles y polifónicas, una convergencia narrativa que aporta al entendimiento de los efectos directos o indirectos de las realidades socioculturales contemporáneas de la sociedad colombiana, en específico de Neiva, caracterizadas por formas de violencia sistemática (el conflicto armado interno y todos sus hechos victimizantes, el abandono gubernamental, la desigualdad económica y social, entre otros) que han incidido en la conformación de los imaginarios, discursos y prácticas juveniles

Estas voces particulares son, en definitiva, una narración que busca desde la propia percepción juvenil, describir las maneras de realización de los planes de vida de una población que a pesar de todo, ha aprendido a negociar sus propósitos con las realidades; también, son reflejo de un ánimo singular que conserva la posibilidad de permitirse ver más allá de las vicisitudes de su historia y su presente para aventurarse a planear otras posibilidades de ser y de hacer; es decir, que a su modo, estas historias son la prueba que los jóvenes siguen soñando en generar cambios en beneficio para sí mismos, para los otros y para su entorno.

Finalmente, ***Once*** se convierte en un insumo para generar escenarios de interlocución con algunas de las realidades de esos seres diversos y complejos que habitan y reinventan la ciudad desde diferentes lugares, discursos y prácticas, por ello, reconocemos que once es solo el número inicial de todas esas voces que, según pudimos evidenciar desde el Proyecto Pazatiempo, tienen una apremiante necesidad por narrar y dialogar.



AL RITMO DE LOS SUEÑOS

Cuando todos los días resulten iguales, tan solo sube la mirada al cielo y sumérgete en la mejor aventura que puedes pasar y es vivir la vida de tus sueños.

Solo bastaba con verla bailar para imaginar lo soñadora que podía llegar a ser, ver como con cada movimiento refleja la seguridad que tiene en su vida, ver en sus gestos su carácter y ver en cada personaje interpretado en su danza un elemento que forja su personalidad.

Hoy se abre el telón y con ustedes sube al escenario, Salome Quesada Fierro, interpretando una danza que le ha costado el control total y absoluto de su cuerpo y de su alma, una danza que le ha enseñado con cada sonido, conectar su ser para expresar sentimientos y en la que los nuevos ritmos, la llevan a concentrase para tener la capacidad de caer y levantarse hasta logar el objetivo, esta danza es la vida. ***Pum, pum* se enciende la luz**

Su primera audición estaba por comenzar un 16 de noviembre del 2004 y mamá no paraba de llorar, las ansias de tenerla en sus brazos y verla brillar hacia que puje con más fuerza, una nueva estrella acababa de nacer y un nuevo latir se sentía en aquel escenario llamado Medilaser. Los espectadores estaban ansiosos por conocerla y sus primeros fans, papá y hermano no hallaban la hora de ver su debut.

Y así es como comenzó esto… La danza que ha diferente ritmos fue enseñando a esta pequeña artista a controlar cada paso que daba. Salome desde muy pequeña solía ser de un carácter fuerte y caprichoso, pues como su familia le decía, parecía un sapito esponjado cada vez que se enojaba y hacia una que otra pataleta a su familia para obtener lo que quería.

Sus primeros años de vida transcurrieron como los de cualquier niña normal, con juegos, muñecas, risas, llantos, peleas y un sin número de amigos que siempre quedarán guardados en el baúl de los recuerdos.

Lastimosamente no todo baile tiene movimientos sencillos, pues a tan solo 4 años de edad, la danza cambió el ritmo y los pasos que ya estaban aprendidos.

La separación de sus padres hizo que esta pequeña artista, diera un giro diferente. El dolor y miles de preguntas del por qué su padre se alejó de su familia, la llevaban a tropezar y caer con cada paso que daba. Uno, dos y hasta tres ensayos fracasaban por la tristeza que embriagaba su corazón, pero siempre tuvo a su lado a su mamá y hermano para lograr concluir cada uno de sus bailes.

Como olvidar su primer día de colegio, sus primeros amigos, sus primeros trabajos, sus excelentes calificaciones y su pasión por convertirse en una bailarina profesional, pues siendo tan niña, soñaba con llegar a los grandes escenarios y bailar hasta que se le acabara la vida. Pues cada cosa que realizaba, dejaba que el ritmo de su corazón guiara sus pies y la transportara a la mejor aventura que podría tener y era vivir la vida de sus sueños.

El baile ha sido eso que ha marcado su vida y ha forjado en ella muchas cualidades que la identifican, el concentrarse, el ser disciplinada, el persistir hasta lograr sus objetivos, el caer y levantarse ante las adversidades y el dar un paso firme y seguro a la hora de tomar decisiones, han sido unas de las tantas cosas que ha aprendido gracias a su talento.

Al hablar con ella, es indescriptible la sonrisa que invade su rostro y las expresiones que tiene cuando cuenta sus sueños. Este talento ha sido testigo del momento más feliz de su vida, que fue ganar una competencia de baile y sentirse como esa artista que deseo ser desde que tiene memoria.

Salome tiene 14 años de edad y es una chica encantadora, aunque sigue siendo de carácter fuerte y un poco malgeniada, tiene algo que la hace única.

En su barrio y en su grupo de amigos es la niña consentida, pues las personas con la que sale a compartir en la cancha de las Acacias de la comuna 8 son solo hombres, pues siente o considera que las niñas son envidiosas y no se puede confiar en ellas.

Como cualquier persona esta artista tiene miedos e incertidumbre a la hora de pensar en su futuro y en lo que puede lograr. Sin embargo, se siente segura de sus capacidades y quiere luchar por conseguir sus sueños.

En un tiempo no muy lejano, se ve como una bailarina profesional y como una ingeniera Industrial rodeada de su familia y del amor y cariño de su madre y su hermano. Pues ellos han sido el motor de su vida y el apoyo incondicional para que pueda cumplir sus metas.

Mirar el cielo y deleitarse con el hermoso color azul ha sido uno de sus pasatiempos preferidos, ver en las nubes reflejada su vida y pensar en cómo poder alcanzar sus sueños es lo que Salome disfruta.

Su danza de vida apenas está comenzando y falta muchos pasos por dar y muchos ritmos que aprender. Así que por ahora, se cierra el telón en este lugar y quedamos a la expectativa de su próxima función.

Mientras tanto, deja que tu corazón te dé el ritmo, sigue tus pies y baila como si nadie te viera.

Querida Salome,

Descubrirás muchos ritmos y movimientos a lo largo de la vida. Estas líneas son parte de tus primeros ensayos.

Espero que logres concluir tu danza. Nunca dejes de mirar el cielo y atreverte a soñar.

Con mucho cariño, para ti

Por Claudia Patiño

DEL CAMPO
A LA METRÓPOLIS

Entre ríos y montañas está mi historia… Soy Gabriela y pasé de recorrer la frescura, humedad y viveza de la tierra en el campo a la caótica y pavimentada ciudad.

Putumayo, un departamento ubicado en la región amazónica de Colombia, con un clima cálido y húmedo, una extensa riqueza cultural e inmensidad de tonos propios del contraste entre los árboles, las cordilleras, las fuentes de agua, la flora, la fauna y más. Su capital Mocoa y el bello municipio de Puerto Guzmán fueron los lugares en los que tuve los mejores años de mi vida. Pero la guerra me arrebató casi todo, solo dejó recuerdos entre grises y verdes.

•••

Mi nacimiento estaba programado para el día en que mi mamá cumplía años, algo que a ella le disgustó, entonces empezó a jugar al gato y al ratón, burlando la seguridad del hospital de Puerto Guzmán y de los médicos, que la encontraron en la plaza vendiendo pescado, y rápidamente tuvieron que trasladarla en una ambulancia a Mocoa, porque el embarazo podría ser riesgoso. Ella me cuenta que yo pesaba muchísimo, que incluso se pensaba que eran gemelos, por eso era poco el oxígeno que recibía por el cordón umbilical, lo que ocasionó que me diera la vuelta y me ahogara en sangre por unos minutos



mientras ella daba a luz, el proceso fue rápido, pero le tuvieron que hacer dos cirugías que afectaron su salud.

Así empieza mi vida, de manera inusual pero con una infancia grandiosa, vivía en Mocoa con mis padres, hermanos, tías, mis primas y mi abuela a quien disfruté mientras vivió... Podía ser libre, jugar, divertirme. De mis tías es muy poco lo que puedo mencionar, no eran personas responsables y cuando tuvieron que encargarse de la crianza de mis primas fue algo que me afectó porque no estaban en las mejores manos.

Después de 5 años en Mocoa, junto a mis padres y hermanos nos fuimos a vivir a 50 km, en Puerto Guzmán, donde se evidenciaban grandes problemáticas resultado de sucesos ilícitos que desde 1979 han marcado nuestra historia colombiana, por ejemplo, la llegada de Gonzalo Rodríguez Gacha "El Mexicano", quien instaló en diferentes zonas del Putumayo la semilla de coca, vendiéndole la idea a los campesinos de una riqueza fácil, quienes cambiaron sus cultivos tradicionales por los ilegales, que se esparcieron de manera desenfrenada por el territorio. Estos hechos, desencadenaron que las FARC tomaran posesión de las tierras y "cobraran" un dinero de sus salarios, bajo amenazas de muerte, a los pobladores, que realizaban diferentes labores como la pesca.

Mi papá era pescador, actividad a la que se dedicó desde que tenía 10 años, pues mi abuelo falleció y él se vio obligado a responder por su familia. Son muchas las historias que han quedado atrapadas en el conjunto de hilos tejidos y amarrados a una relinga de plomos que conforman la red de pesca que usó. Entre esas, el nacimiento de mi hermano mayor en una canoa de madera, también el día en que pescaba junto a mi tío y se percataron de una llamarada que salía del interior de nuestra casa y que en cuestión de segundos dejó en cenizas la mitad de esta.

Nuestra casa estaba situada al frente de unas canchas y era allí un espacio donde frecuentemente había enfrentamientos, se escuchaba el estruendoso sonido de las hélices de los helicópteros a la par de gritos y desesperación.

Nosotros, crecimos viendo a los guerrilleros acompañados de potentes y gigantescas armas, paseándose por las calles cometiendo asesinatos que ascendían sin cesar.

Para ellos, su figura de poder debía imperar sobre las demás, por eso eran

"borrados del mapa" aquellos inocentes que no pagaban sus "deudas", los delincuentes, y otros.

A pesar de toda esa incertidumbre nuestra vida era muy sana. Hasta que empezó a tornarse gris, mi papá tenía que realizar unos pagos, pero no podía cumplirlos porque no le alcanzaba, por esto las FARC tomaron medidas. Uno de mis hermanos era conocido en el pueblo por tener el cabello largo y rubio, razón por la cual, se convirtió en una referencia que hacía más fácil localizar a mi papá. Al ver la situación y el riesgo que corrían ambos, mi mamá decidió cortar desde la raíz todo el pelo de mi hermano, como si de esa forma se solucionara todo, pero así no fue.

Los guerrilleros fueron hasta la casa a intimidar a mi papá, quien acompañado de nosotros debía irse lo más pronto posible de Puerto Guzmán, el plazo era hasta el otro día a las siete de la mañana. Sí a esa hora seguíamos en el pueblo, asesinarían a mi papá y lo devolverían desmembrado envuelto en una malla. Tuvimos entonces que averiguar a las diez de la noche a qué horas salía un carro para poder salir huyendo, así como muchos colombianos desplazados y víctimas del conflicto. Lo único que pudimos sacar de nuestra casa era una bolsa con algunas prendas de vestir, y en medio del silencio transcurrió el viaje hacía un lugar desconocido para mí, la ciudad de Neiva, lo único que sabía es que no estaba preparada para esto, que iba a ser un cambio grandísimo que aún me cuesta aceptar.

Llegamos a la casa de mi abuelo, la mitad estaba arrendada a otras personas y en la otra vivíamos nosotros, pero por las deudas tuvimos que venderla y ahora estamos viviendo en el asentamiento Montebello, detrás de las canchas de Carbonell en Galindo, barrio ubicado en la comuna 9 de Neiva al norte de la ciudad; nos acompaña una tía y una prima que tuvieron que venirse de Venezuela por la fractura económica que está viviendo el país vecino. En una habitación tenemos que acomodarnos mis padres, mis dos hermanos y yo, lo que resulta muy incómodo.

El asentamiento es una sola cuadra, no suelo salir mucho por varias razones, siempre estoy de la casa al colegio, del cual llego muy cansada y debo ayudarle a mi mamá en algunas labores; en el poco tiempo libre que tengo, tomo mi celular o me pongo a ver televisión; también, la inseguridad en este sector de la ciudad es preocupante, aunque queda muy apartado de las zonas más peligrosas de los asentamientos debo aceptar que nada de esto se compara a lo que enfrenté en el Putumayo.

Algunos hechos recientes involucran a personas inofensivas, por ejemplo, una vez a la hermana de una amiga mía se le hizo tarde para botar la basura, ese día tenía puesta la camiseta del Atlético Huila y una barrista del Atlético Nacional la apuñaló por el simple hecho de portar una camiseta contraria al equipo que alienta; otro día, me encontraba en casa de una compañera haciendo una tarea y cuando salí me senté en el barrio con unos vecinos a jugar en los celulares, en unos minutos nos percatamos de los gritos de una mujer que avisaba que habían apuñalado a un señor por robarlo, desconcertados buscamos la solución que consistió en trasladarlo al hospital en una moto, porque las ambulancias se demoran mucho o simplemente no entran a estos lugares; otro suceso involucra a la hermana de un amigo, a quien le dispararon en la cabeza, era de madrugada y a un taxista lo estaban asaltando, ella estaba viendo la escena a varios metros y por ''no dejar rastro'' casi terminan con su vida. Son algunas de las cosas que pasan que me obligan a tener muchas precauciones.

En cuanto a mi círculo social, la relación con mis hermanos es compleja, desde pequeños éramos muy unidos, pero ocurrieron sucesos que incidieron en que nos dividiéramos, poco a poco esto ha ido mejorando, pero aún se siente ese vacío de un antes y un después que marcó nuestro trato.

Algunos hechos recientes involucran a personas inofensivas, por ejemplo, una vez a la hermana de una amiga mía se le hizo tarde para botar la basura, ese día tenía puesta la camiseta del Atlético Huila y una barrista del Atlético Nacional la apuñaló por el simple hecho de portar una camiseta contraria al equipo que alienta; otro día, me encontraba en casa de una compañera haciendo una tarea y cuando salí me senté en el barrio con unos vecinos a jugar en los celulares, en unos minutos nos percatamos de los gritos de una mujer que avisaba que habían apuñalado a un señor por robarlo, desconcertados buscamos la solución que consistió en trasladarlo al hospital en una moto, porque las ambulancias se demoran mucho o simplemente no entran a estos lugares; otro suceso involucra a la hermana de un amigo, a quien le dispararon en la cabeza, era de madrugada y a un taxista lo estaban asaltando, ella estaba viendo la escena a varios metros y por ''no dejar rastro'' casi terminan con su vida. Son algunas de las cosas que pasan que me obligan a tener muchas precauciones.

En cuanto a mi círculo social, la relación con mis hermanos es compleja, desde pequeños éramos muy unidos, pero ocurrieron sucesos que incidieron en que nos dividiéramos, poco a poco esto ha ido mejorando, pero aún se siente ese vacío de un antes y un después que marcó nuestro trato.

Uno de mis hermanos tiene 19 años y el otro 15, con el primero tengo mayor contacto, él desde muy pequeño ha tenido que sufrir mucho con mi papá, quien cambió desde que yo nací, era ese tipo de hombre que llegaba borracho y maltrataba a la mujer, mi llegada hizo que su vida diera un giro de 180 grados. Tengo una imagen diferente a la que me cuenta mi hermano mayor de mi papá. Por su parte, mi hermano del medio es muy distante, como si englobado en su mundo encontrara su zona de confort.

Adaptarse a las dinámicas de la ciudad parece algo imposible, y un factor determinante es la economía, para poder mantenernos, mi mamá –que tiene muchos títulos como Enfermería y Contaduría– vende salpicón; las hojas de vida que ha repartido han sido intentos fallidos. Mi padrino le ayudó a mi papá y a mi hermano mayor a conseguir un trabajo en la salida de Palermo, quemando cascarilla y manejando un tractor.

Es una situación difícil, de alguna manera esto afecta nuestro diario vivir: mi hermano mayor estudiaba Matemática Aplicada en la Universidad Surcolombiana pero no pudo continuar; mi mamá tuvo un decaimiento a causa de un cáncer de útero hereditario de mi abuela, tuvieron que sacarle la matriz, en esa cirugía ella no se cuidó bien y en una mala fuerza que hizo le dio peritonitis, entonces, ya no puede hacer la misma fuerza que antes. Aunque ya no puede realizar ciertas actividades, siempre se ha preocupado y ha trabajado por cubrir los gastos.

Lo anterior, incide en que me haya visto presionada a dejar de hacer cosas que me gustan, como retirarme de la Fundación Primar en la que jugaba fútbol, y tener que salirme del equipo de porrismo del colegio porque la falta de recursos impide que pueda adquirir los implementos necesarios, todas estas eran formas de evadir los peligros de la calle, pero ahora me dedico a mantener el orden en la casa y a estudiar.

Estudio en el Instituto Gabriel García Márquez, en la jornada de la mañana y soy muy juiciosa, y es allí donde veo muchas dificultades, el colegio parece una lección de vida valiosa, en las mañanas todo es muy tranquilo, pero en la tarde todo cambia, los estudiantes son groseros e incluso fuman en frente de los docentes, el ambiente es muy pesado y peligroso. Es también en este escenario donde empecé a labrar mi futuro.

Algo que me inquieta y en lo que he pensado mucho es en lo que quiero estudiar

cuando salga del colegio. Por todo lo que he vivido, me gustaría la psicología, muchas compañeras me cuentan que tienen problemas y esto las ha llevado a tomar malas decisiones, quisiera ayudarlas. Igualmente, me veo como una líder, alguien que lucha por defender los derechos, ser una buena abogada y ahondar en la justicia, tan necesitada en Colombia. Lo único malo, es que cada vez que una persona opina diferente, lo matan, muchos quieren cambiar el mundo, pero les hacen daño, y eso da miedo.

Añoro con darles una mejor vida a mis papás, también cumplir mis sueños. Siento que aunque pasé y paso por tantas cosas negativas, siempre habrá algo –así sea lo más mínimo– para sonreír, así soy yo, trato de buscarle lo bueno a todo, que el sabor amargo se pasa con un vaso de agua y se sigue por la vida, que es como el río, no detiene su cauce y las corrientes son solo una parte natural del dicho ''todo pasa por algo'' y que ese algo debe ser afrontado.

Es así como pasé de la vida en el campo a la ciudad, de un lugar donde a pesar del conflicto, me sentía más cómoda, casi todo era bonito, se cultivaban los alimentos, había unión, equilibrio, no era juzgada; contrario a lo que vivo acá, quisiera devolverme, porque aquí en medio de las altas temperaturas, si uno no se conforma con lo que una persona quiere, ya no es aceptado, dicen que uno no es igual a los demás, que es menos y a veces hasta te lo llegas a creer.

Del campo a la metrópolis, entre ríos y montañas al caos de la urbe, esta ha sido mi historia, con el deseo viviente y una pequeña llama de esperanza de volver a aquellos lugares en los que amé y odié la vida...

Por la comodidad de la persona detrás de la historia, se decidió cambiar su nombre al que ella misma eligió, es de esta manera, que se presenta como Gabriela, quien me contó con confianza su vida, y yo, en medio de la trama, quedé atónita y perpleja, sin embargo, en el momento en que nos sentamos a hablar, demostré fortaleza y le hice comprender que en mí podía encontrar una amiga

Para ti, con gran admiración.

Por Annie Varela

EL JOVEN EN LA PERIFERIA



Me encontraba allí sumergida en cuerpo y alma en este lugar, donde los niños juegan descalzos en la cancha de tierra y vuelan cometas elaboradas por sus padres con bolsas de basura, se escuchan las habladurías de la gente, al señor llevando sus chivas por las calles del barrio para vender leche con Milo o con Tarrito rojo.

Las casas están construidas con madera, y otras de forma improvisada con pedazos de cartón, tulas, cauchos y otros objetos que sirven de refugio mientras poco a poco las familias van levantando sus casas. Este lugar es Brisas del Venado y Quintas del Manantial, asentamientos ubicados en la comuna 9 de la ciudad de Neiva. Un territorio multicultural conformado por las personas que han llegado principalmente de Nariño, Caquetá, Meta y Huila.

Las historias por contar son muchas, algunas recomponen nuestro espíritu, otras producen congoja y un impulso innato por querer ayudar.

El tinte rural le da un ambiente muy particular, pues las matas de plátano, yuca y maíz que tienen plantados en sus casas trasladan, a todo aquel que transite por ahí, a una finca o una vereda.

Justo ese día en el que disponía a retirarme del asentamiento, luego de haber dado las dos horas de taller a jóven, mi mente congeló una imagen. Dentro de esa imagen estaba Duván, un joven de 17 años, estatura que no supera los 1,60 metros, de personalidad tranquila y un tanto tímido. Transportaba a su madre y su hermanita en una bicicleta, las llevaba juntas en la barra. Ese cuadro que acababa de presenciar me llenó de ternura el corazón. En medio de tanta superficialidad con la que se vive a diario en la ciudad, encontrarme con gente tan sencilla, natural y llenas de amor era el antídoto ante tanta indiferencia y descomposición del ser humano.

Él, sin preguntarle, me cuenta que debía recoger a su familia, que por ese motivo no había llegado al taller. Yo, con una sonrisa inevitable, le dije que no había problema, que luego hablábamos de las actividades que seguían. Los miré fijamente hasta perderlos de vista. El cuadro perfecto para olvidar el cansancio que llevaba en ese momento, recordando la sensibilidad de ese joven y el compromiso con su familia. Volví a casa y en mi mente divagaban los rostros de estos jóvenes con muchas historias por contar, algunas más tristes que otras, todas con la particularidad de vivir en un asentamiento (o mal llamado por la sociedad invasión), lugares a los que la gente de la ciudad poco va porque les parece peligroso, donde los políticos van solo en tiempos de campaña con miles de promesas a jugar con las necesidades de la gente, donde muchas instituciones llegan hacer obras de caridad acompañados de policías por el temor a que los roben.

Cada vez que decía que iba para el asentamiento, escuchaba las mismas preguntas: "¿no le da miedo que la roben?", "¿qué tal le pase algo?". Pero nunca me ha pasado nada; de hecho, es de los lugares en los que me siento más segura, porque sientes que la gente te protege, y así como hay gente con malas intenciones, hay gente cargada de humildad y sueños, en medio de las injusticias, por tener una vida digna para su familia.

Duván me parecía un joven muy particular, era disciplinado y daba la confianza de poder delegar funciones para los encuentros que hacíamos, pues se preocupaba por los compañeros, no era egoísta y, a pesar de que era un joven con muchas necesidades económicas, nunca se quejaba o renegaba de su vida.

Su familia está conformada por su madre Ana, y su hermanita Angie, también por su padre, del cual Duvan no hablaba mucho, por ser el típico hombre que cada quincena se refugia en el alcohol con el fin de poder olvidarse de sus problemas, ocasionando otros peores a su familia. Este joven, a su corta edad, no puede hacer las cosas que hacen otros jóvenes, pues entre semana debe trabajar con el fin de buscar los medios para subsistir y ayudar a su familia, y los sábados ir al colegio, porque algo que tiene claro, es querer ser arquitecto y es consciente de que la única manera de lograrlo es por medio del estudio, aunque de vez en cuando le dé pereza ir a estudiar.

El tinte divertido de su vida son sus amigos Johan y Sergio, seres particulares, o como podría decirse de manera inocente: el ángel y el diablo. Sergio es el joven estudioso, que vive bajo las reglas de su familia; tiene una tienda y puede garantizarle las cosas mínimas para vivir. Johan, por su parte, es un chico relajado con características del chico chévere, o como culturalmente se dice "el ñero", quien ve la vida desde una óptica muy llevada por sus gustos, lo que lo hace especial, pero no malo, es el maduro del parche, con un carácter excepcional que aterriza a Duván cuando lo necesita y les da ánimo, al ser el mayor asume su rol.

Una tarde, luego del taller, me quedé charlando con ellos, no como "la profe", como me suelen decir, sino como unas más del parche, acoplándome a sus lenguajes y riéndome de las payasadas que hacían. Mi lenguaje utilizaba sus términos: "¿estamos melos?" -"Sisas", respondían. Sentados en las piedras que estaban en la cancha, vimos pasar unas niñas, de 14 o 15 años aproximadamente, en ese momento salieron todos los comentarios posibles: - "uy pero quién pidió pollo", "con usted me casó", "está muy buena". Yo, anonada, les pedía que se callaran, pero dentro de mí reflexionaba que estaba en su cultura, con esos comentarios habían crecido, y así estuviera mal visto, no lo iban a sentir así. Johan apenas se reía de mí y decía: "eso es normal profe". Luego de una "cátedra" que les di ese día, hoy lo piensan más para salir con comentarios como esos.

Planeamos hacer un recorrido en bicicleta. A las 7 de la mañana nos encontramos en la bomba de Galindo, listos para empezar el desafío de recorrer la ciudad. Empezamos a pedalear por la Avenida 26, íbamos charlando mientras nos reíamos de cosas a las que les veíamos gracia, o nos burlábamos de compañeros o se burlaban de mí por ser tan tortuga en bicicleta. Llegamos al Parque de los Niños y decidimos sentarnos a descansar.

Nuestra conversación inició con las clases de Sergio, quien decía que iba muy bien, presumiendo sus buenas notas; Johan, con esa frescura que lo identifica y con la madurez y seguridad de sus palabras, exclamó que a él si no le preocupaba pues no estaba estudiando; yo lo interrumpí y le preguntó cuáles eran los motivos para que no le gustara estudiar, su respuesta me dejó sin palabras: "no es que no me guste, es que aguanto mucha hambre"; yo seguía sin entender, y le dije que podía comer en su casa, y que al volver a casa comía otra vez. Él me dijo: "es que usted no me entiende, yo estudiaba desde las 7 a.m. hasta las 5 p.m. en jornada continua todos los sábados, y tocaba llevar el almuerzo porque no nos dejaban salir, solo a las embarazadas les daban permiso de ir a sus casas, y pues yo no tenía que llevar, me daba pena llevar arroz y huevo que era lo que había en la casa".

Ante lo que me comentaba este chico, no podía opinar nada, hasta ahora entendía que, así se dijera que hay educación pública en Colombia, en la que no se brindan las garantías necesarias de acceso, sería imposible que los jóvenes pudieran estudiar. Ese día terminamos nuestro recorrido y cada uno volvió a su casa. Yo volví a mi habitación con las palabras de Johan en mi cabeza, entendiendo mejor las realidades a las que estoy inmersa, y sabiendo que había mucha gente con privilegios, mientras otros tenían que luchar por conseguir mínimos logros.

Analizaba el grado de responsabilidad que tenía Duván, en esos días me había escrito para que le brindara refuerzos a su hermanita que debía aprender a leer para pasar el año. Ese joven de tan solo 17 años, que en lugar de estar en un colegio con todas las garantías, le tocó vivir en la otra cara de la ciudad, la que al gobierno poco le interesa por ser el problema y estar en la periferia. Duván no solo debía pensar en sus necesidades sino en las de su casa, en las de su hermana, pensar dónde trabajar para poder llevar pan a su casa y quizá algún día poder ser el arquitecto que tanto desea para poder hacer planos, según dijo. El dibujo hace parte de sus pasiones, en los talleres mostraba su destreza cuando debían hacer ejercicios de dibujo o carteleras.

Fue gracias a esos y otros momentos, que pude conocer la pureza y humildad de ese joven, de la gente de la periferia. Con ellos comprendí el enorme grado de desigualdad social, y cómo estas personas día a día luchan, no solo con la pobreza, sino con la descomposición social que el mundo les ofrece, pero que, a pesar de eso, aspiran vivir mejor algún día; ni siquiera aspiran riquezas,

solo vida digna, que le permita a Duván llegar a casa y encontrar un hogar en paz, a su hermanita estudiando y a él haciendo lo que le gusta: pintar, crear y poner a volar su imaginación.

Por Niyireth Cruz García

EL YUGO DE LA VARIACIÓN

El aire lo trajo y lo soltó ahí, justo en aquella plaza envuelta por almas andantes, que entre caminos polvorientos, se desplazan llenas de todo pero a la vez de nada, avanzando y gritando en silencio sus amarguras y tristezas pero explotando y dando a conocer con vehemencia sus alegrías y satisfacciones. Ahí estaba él, sentado en una de las sillas traseras del carro de su padre observando esa fugaz realidad, divisando sin conciencia lo que iba a ser su futuro y contemplando desde el automóvil que sostiene su cuerpo y el de su familia, un marco que lo hacía desvanecerse como un cubo de hielo entre el fuego.



Su apariencia transpira timidez, angustia y desasosiego. Unos audífonos anchos ocultan sus oídos, una gorra roja resguarda sus pequeños y rasgados ojos y una pelota de goma entretiene sus blancas e inquietas manos. Unos jeans azules y una camisa blanca cubren su materia corporal en donde se ven correr como caballos desbocados grandes y nutridas gotas de sudor, que inmediatamente son detenidas y sacadas de su ruta de camino para terminar entre las fibras de un pañuelo, sudadero que no contaba con la fortuna de estar a kilómetros de distancia como la mente de Carlos en ese momento.

No había llegado ahí por los azares del destino, estaba allí por las decisiones del trabajo de su padre, un hombre corpulento y de carácter que decidió entregarle su vida a una institución y de paso la de toda su familia, que no son más que un lienzo a la espera del siguiente trazo, de la siguiente pasada del pincel, esa que definitivamente llenará otro pedazo de su tejido sin pedir ni siquiera permiso o aprobación, pero que su paso cambia totalmente el sentido de la pintura.

No era la primera vez que el Ejército Nacional llegaba a sus costas y los arremetía como un huracán, que con furia y con sus grandes olas, se llevaba todo a su paso, despojándolos de lo que con esfuerzo hubieran conseguido y obligándolos a reconstruir los vestigios sobrantes después de una larga y feroz marea; como si el daño ocasionado no fuera suficiente y recomponerse fuera su única alternativa.

Ya estaba en ese lugar, en ese instante. Su mirada se pierde en el vacío que lo conduce a sus profundidades, justo donde empezó todo. Donde ni más de 200 huesos que lo mantienen de pie, son capaces de sostenerlo cuando le rompen el alma, cuando le arrebatan de un solo tirón eso que albergaba con recelo en sus entrañas. Eso que solamente podía generar la noticia de una nueva partida, de un nuevo traslado, de eso a lo que mejor su madre – una mujer blanca, delgada y de ojos cafés – prefería referenciar como un nuevo comienzo.

Sus movimientos corporales no son distintivos. Su carácter es taciturno. De alguien que vive muy en sus adentros. Los desplazamientos de sus manos son pausados, con ritmo, como quien las mueve al disfrutar de las melodías de una bella canción. Sus expresiones faciales no se permiten ser interpeladas y todo su cuerpo a la vista parece estar en total y absoluta calma. Omitiendo las batallas campales que disputaban por dentro todas sus emociones.

Cientos de historias están desbordadas en el equipaje que lo acompaña a donde va, en esta travesía gitana que resulta ser su vida. Ficciones que lo custodian a donde está reflexivo, atento a los momentos que lo interrogan, a la realidad que lo rodea, a eso desconocido que lo arrastra como un imán al metal y que lo suelta en la intemperie, ahí donde todo es desconocido.

Su figura es toda inexpresión. Limpia constantemente su rostro y espera sin conciencia que su progenitor con la ayuda de un mecánico, encuentren entre una llanta un clavo, una escarpia que había desinflado esa rueda como ese periplo lo había hecho con su vida.

Ni una sola palabra rondaba dentro del vehículo, su madre y su hermano mayor que lo acompañaban permanecían en silencio, pero en el ambiente, miles de pensamientos se cruzaban y chocan en ese espacio., haciendo metástasis y dejando una tensión que incomodaba. Que esperaba con ansias ser rota por alguna palabra, por algún ruido que los sacara de esa profundidad en la que estaban.

La puerta se abrió, y en medio de ella, se coló un fragor incesante que los sacó de volada de esa calma asfixiante, los trajo de regreso a ese nuevo escenario y les interrumpe – por lo menos a Carlos – los pensamientos emocionales que le acompañaban. Su padre subió, y con un parte de tranquilidad, encendió el automóvil y avanzaron.

A su paso, cada calle era fiesta, era jolgorio. Todo era cultura y tradición, pues paralelo a su llegada, en esta tierra se adelantaban las festividades características de la zona opita, de la región Huilense. El Caguán los recibía en su esplendor, entre sanjuaneros y rajaleñas, en medio de la música y el arte, de su San Pedro. Entre el calor y la humedad, sobre la alegría y la tristeza.

Con un llamado en su atención, él observó ese entorno que le pareció desafiante y provocador, pero que escondía en sus adentros una magia interesante y atrayente, que vacilando y por los bordes, lo rodeaba y le clavaba los ojos fijamente, como lo hace un depredador aguardando a su presa, un cocinero a su cocina o un enamorado a su conquista.

En tan solo un momento sus emociones cambiaron. Lo que antes era desconocido ahora era seductor, lo que había sido angustia pasó a ser expectativa, lo que anteriormente era efímero parecía perdurable y lo que en un principio fue resignación en ese instante se convirtió en oportunidad.

Ante este nuevo panorama se encontraba Carlos, que por primera vez sentía de entrada algo distinto, algo disímil. La sospecha de que no sería igual a sus otras experiencias y el temor de la no exactitud.

Sospecha que conocer es una inutilidad pertinente, pero suficiente para llenar el espíritu de condolencias y nuevas carreras en donde lo que importe es el proceso, no lo que se encuentre, pues existir es la eterna búsqueda de la nada, persiguiendo el deseo de encontrar un todo, una verdad ilusoria. En ella se queda, dejando que lo inunden y lo arrastren hacia un lugar con pertenencia. Deseando como otras veces, que este camino de reconocimiento y acoplamiento sea el último que tenga que transitar.

Así estaba Carlos. Simple por fuera, confuso por dentro. Enemistado con su vida, añorando lo perdido. Expectante, sigiloso y cauteloso, a la espera del afán que traiga el otro día, el siguiente paso, pues los cambios lo intentarán noquear en su segundo round, en la segunda partida.

El día había sido agotador, desgastante, como una montaña rusa llena de emociones. Necesitaba descansar, cerrar los ojos y permanecer inmune, inconsciente, olvidando por unas horas su caótica, indeseable y no pedida existencia nómada. Para despertar preso en el cuerpo ambiguo de lo natural y artificial, de sus pensamientos contradictorios, de lo que sus padres dicen llamar nueva vida.

Por Neyder Alvarez

LO SUBLIME DE MI HISTORIA

"Viajar es la mejor escuela para aprender a entender el mundo desde sus diferentes ángulos, para descubrir y ser descubiertos"



Durante varios años he seguido la rutina de un sendero cerrado, bulloso e inseguro, mis ojos han perseguido un cielo soleado y he vivido el paso de una ciudad cálida y pequeña que se ha quedado en el intento de ser moderna. La vida en este lugar es dócil e insoportable, las calles están llenas de gente que en medio del afán y la bulla se dirigen hacia su destino. El sol es un protagonista principal, por eso nunca falta.

El frío a la ciudad, acompañado de la lluvia y algunos truenos ensordecedores, que con sus espléndidas luces, se abren paso en medio de las casas, llega como la tía que vive lejos, solo de visita y por unos días, esos días son muy aclamados por quienes vivimos aquí, es el tiempo que muchos esperamos luego de una extensa y molesta temporada seca.

Me paseo por las calles de una ciudad que se ha encargado de limpiar su cara pero ha descuidado su "culo". La intención de una Neiva más contemporánea solo se encuentra en algunas partes del centro y a las afueras donde se ubican las majestuosas urbanizaciones.

Por un momento, pienso que son dos lugares distintos, por un lado me enfrento a una urbe agitada, "novedosa" y como muchos políticos dicen "prometedora". Pero también, mientras recorro las vías, me encuentro entre el deterioro de lo abandonado, de lo que es invisible ante los ojos del Estado y lo que parece de poca importancia para quienes tienen la fortuna de vivir en la comodidad.

En la capital del departamento del Huila es donde ha transcurrido toda mi vida, no puedo presentarme ante ustedes sin mencionar el lugar que me ha visto crecer, de donde pertenezco, de un sitio de emociones que me han permitido grabar en mi memoria, 14 años de historia. Si me preguntan sobre mi paso por la vida, a mis padres les debo –entre otros legados– la identidad de Felipe Rojas Castaño .

El día de mi nacimiento, 11 de diciembre del 2003, abrí los ojos a la incertidumbre y desde ese momento prefiero recordar mi niñez, mis pies descalzos, mi rostro sucio y mis ganas por emprender una travesura cada día.

Mi familia está conformada por cinco personas, mi mamá, mi padrastro y mis dos hermanos. Mi mamá ha dedicado su vida a trabajar con el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF), ejerciendo una hermosa labor con los niños como madre comunitaria; mi padrastro es militar, mi hermana de 18 años estudia en la Universidad Surcolombiana y mi hermano menor de 4 años estudia al igual que yo en el colegio Juan De Cabrera, de la comuna 8 de Neiva.

A mis 3 años presencié cómo se desmoronaba a pedazos mi hogar, se había convertido en un escenario de constantes peleas, altercados y preocupación. Se transformó en un juego de tira y afloje, donde mi hermana y yo éramos la soga que mis padres encolerizados querían ganar, cada uno de ellos halaba para su lado sin ceder y sin tener en cuenta el daño que nos estaban causando. Los lazos que unían a mi familia se iban deshaciendo poco a poco, era común escuchar a los demás murmurar sobre lo roto que estaba todo, y aunque para muchos un niño de esa edad no puede entender una situación tan compleja, yo sí sentí todo lo que la separación significaba.

Sin embargo, hoy a mis 14 años, veo esta situación de otra manera, es evidente que a ningún niño le gusta observar cómo sus padres convierten un ring de boxeo el hogar y que la derrota parezca el final de todo, soy más consciente, esto conlleva a un inicio, que es solo humo, pero se disipa como el de un cigarrillo, llevándose consigo el sufrimiento. Es ahí cuando entiendes que el destino es el encargado de acomodar las cosas al lugar donde pertenecen.

Hay cosas que no debo olvidar y que también debo agradecer, la llegada de mi padrastro para mí fue realmente importante, aunque para muchos jóvenes esta figura es sinónimo de invasión, en mi caso tener una familia recompuesta significó la oportunidad de revivir el amor y poder compartir otras cosas que edifican y fortalecen a una familia.

Mi padrastro ha significado mucho en mi vida, en él encuentro otra figura paterna y un modelo a seguir, ha cumplido tan bien su papel, que ha logrado a lo largo de estos 10 años convertirse en un héroe sin capa. Diferente a lo que recuerdo de mi papá que, en el poco tiempo que vivió conmigo, me dejo la imagen de un hombre mujeriego, que incluso llegó hasta llevarme donde tenía sus encuentros clandestinos.

En este momento estoy cursando el grado noveno, en el colegio Juan de Cabrera, ahí he estudiado desde que inicié mi vida escolar. Del colegio no puedo olvidar el aterrador primer día de clases, y cuando mis cuerdas vocales cobraron vida propia y ofrecieron al público un concierto de gritos y chillidos. No voy a olvidar esa sensación de miedo que sentía al ver que mi mamá se marchaba, por un momento hasta llegué a pensar que me abandonaba, estaba muy nervioso pero una voz suave y amable interrumpió la escena diciendo “ven Pipe, al medio día vendrán por ti, no llores”. Escuchar esa voz me hizo sentir mejor, pues me había asegurado que no era uno de los tantos niños que dejan abandonados, mi mamá si llegaría por mí.

Iniciar el colegio es otra de las cosas que, aunque al principio me haya causado preocupación, más me ha emocionado. Desde ese momento durante cinco días escucho sonar la alarma, o en su defecto el grito de mi mamá, avisando que es hora de levantarme y organizarme para ir al colegio.

A mí siempre me ha gustado ir al colegio, y no quiero pasar por vanidoso, pero me ha ido muy bien. Allí me siento como en casa, todos me conocen por ser una persona sociable y amigable, pues me resulta fácil entablar relaciones o amistades.

Esto de alguna manera se ha convertido en elementos a mi favor para forjar y materializar mi deseo de ser un líder. Cuando esté cursando el grado once quiero aspirar al consejo estudiantil como personero, considero que tengo la vocación para trabajar por los demás, en este caso por mis compañeros y por el cumplimento de sus derechos.

Varios sucesos que conforman mi paso por la vida han ocurrido en el barrio las Acacias, ubicado en la comuna Suroriental de Neiva, donde vivo. Este lugar se ha convertido en mi territorio más cercano, luego de mi cuerpo y mi familia, ahí es donde he crecido y se han desencadenado varias historias. Entre las calles estrechas de mi barrio han surgido numerosas vivencias, unas dulces, otras amargas, y aunque el comercio informal y uno que otro formal vibra, las oportunidades de trabajo y progreso no abundan en el sector. Sin embargo, para los más aguerridos esta no es una excusa para darle paso a la desesperanza y preocupación.

Por la comuna 8, ha permanecido un contexto de pobreza, inseguridad y delincuencia, las condiciones de vida en algunos barrios son difíciles, es una realidad que contrasta dramáticamente con la de otros sectores y contextos, de la ciudad "moderna". Esta situación se ha convertido en un punto de referencia, en los medios, instituciones y demás agentes externos, para estigmatizar el sector y sobre todo a sus pobladores, pero esto no nos define o responsabiliza a todos.

A pesar de todo lo que sucede en mi barrio, del estigma y las generalizaciones que han creado, yo vivo feliz con lo que ahí he experimentado. No puedo pasar por alto la dicha que me genera pertenecer a este lugar que, a pesar de sus calles angostas y algo deterioradas, de los susurros de la gente y de las inagotables noticias negativas que afloran del contexto, al ritmo de la electrónica marcó el paso de un camino que indiscutiblemente, con sus altos y bajos, me ha hecho crecer.

Rodeado de árboles frondosos, de una malla vieja y oxidada y de una superficie gastada y dañada, se encuentra el lugar donde más permanezco en los días que no hay colegio o cuando ya he terminado mis deberes.

'El poli' es uno de los tanto intentos de escenarios deportivos que se han quedado en el deseo, de quienes lo han anhelado. A pesar de su apariencia desagradable, este lugar es muy valioso para muchos jóvenes que desde pequeños lo hemos transcurrido.

Todos los que hemos visitado este espacio

en algún momento hemos construido amistades y dejado algunas. Somos un equipo cuando nos reunimos e imponemos autoridad, en quienes quieren llegar a hacer daño. En este lugar surgen ideas, historias, amores, aventuras y lo más importante se fabrican sueños. El regreso a casa lo define la cantidad de sudor sobre mi cuerpo y mi falta de energía, cuando mis piernas se cansan de perseguir el balón y mi respiración se entrecorta, sé que es momento para llegar a mi casa, darme un baño e irme dormir.

Entre las cosas que más me gusta hacer esta jugar fútbol. Para mi es una pasión, para mi mamá es una forma en la que me puede mantener alejado del consumo de drogas, de la delincuencia y otras prácticas negativas que son comunes en muchos jóvenes, no solo de mi barrio, sino de toda la ciudad. Nunca he estado en una escuela de fútbol, mi escuela ha sido la calle, "el poli", mis amigos y cuatro rocas que cumplen la función de canchas.

Aunque el fútbol se ha convertido en una de las actividades con las que mayor afinidad tengo, mis sueños no van encaminados a convertirme en un futbolista profesional. Si quiero estar en un equipo, pero no precisamente deportivo sino militar. Mi gran sueño es poder entrar a la Escuela Militar y ser un oficial.

Sin embargo, no descarto la idea de estudiar otra cosa como ingeniería civil, si por alguna razón, no puedo materializar mí deseo de ser un militar.

Estoy convencido que para lograr algo debo trabajar por ello, no unos días, ni unos meses, sino toda la vida, las cosas buenas a veces tardan en llegar pero si seguimos la ruta indicada podemos encontrar en el camino atajos. Siempre he creído que para la vida hay que estar preparado, nadie sabe lo que le espera después del amanecer.

Yo siempre he pensado que la vida es incierta y nunca sabemos qué condiciones nos esperan, a mi corta edad me he interesado por aprender varias cosas, como saber sobre peluquería o incluso sobre cocina. Aprender nunca nos resta, por el contrario nos permite sumar experiencias, conocimiento y más vida. Algo similar a lo que nos promete el destino si viajamos, porque cuando nuestro cuerpo viaja, le abre las puertas al mundo y le suelta las alas al alma. Viajar nos permite aprender de nosotros mismos y del otro, nos alimenta el espíritu y nos ayuda a entrar en un proceso de catarsis.

"Aprender para que la vida no me sorprenda sentado esperando un milagro"

Las buenas historias no son las más tristes, extraordinarias o complejas. A través de esta historia, puedo afirmar que la sencillez también te puede hacer sacar lo mejor de una persona. Cuando llegue al lugar en el que nos habíamos citado, con la primer pregunta que me encontré fue "qué se puede escribir de una persona que ha tenido una vida muy normal" escuchar eso me hizo pensar en que tenía la responsabilidad y el reto de demostrar lo contrario.

Por temas de anonimato de la persona de la historia , su nombre real fue cambiado

Por Yanith Sáenz

EL JOVEN QUE VA ENCARANDO LA VIDA



Una mañana de sábado, medio incómodo, medio desbocándose en cada palabra que contaba, él se atrevió a narrarme lo que han sido sus 15 años de vida, pasados por saltos emocionales y vivencias desoladoras. Entre tanto, leerlo y escucharlo se convierte en una forma de comprender las complejidades de un país que se ha vuelto un registro mundial de lo surreal. Con honestidad y la palabra desgarrada, aquí se cuenta la historia de Cristofer, que arrancó el 16 de enero de 2003:

"Mi infancia fue distinta a la de los demás. No tuve tiempo para disfrutar con mis amigos. Después de mi nacimiento, mi familia decidió radicarse en el Putumayo: a dos horas de Mocoa. Allá no pude disfrutar mucho. En ese lugar la ley la manejaba la guerrilla. Mi papá trabajaba pescando en el Río Putumayo con mi abuelo. Entonces, un día lo amenazaron, y le dijeron que si seguía pescando en ese río lo iban a matar. Al principio a mi papá le dio igual, y siguió con su rutina de trabajo. Una semana después, apareció un cartel cerca de la zona en la que él pescaba, con otra amenaza: si no hacía caso, lo iban a quemar vivo y lo iban a envolver en sus propios implementos de pesca. Ahí sí se lo tomó en serio.

Una noche, él se fue para misa y nosotros nos quedamos con mi mamá. En ese rato, llegaron dos hombres armados, buscándolo.

Preguntaron por mí, que en esa época tenía el cabello mono y largo, y por él. Dijeron que, si esa misma noche no nos íbamos del pueblo, al otro día nos iban a matar. Cuando mi papá llegó, mi mamá le contó, y tomaron la decisión de una vez-de la nada-. Recogimos todo lo que pudimos- una bolsa- y cuando menos pensamos, nos vimos saliendo del pueblo, dejándolo todo atrás, sin despedirnos de nadie, ni siquiera de nuestra propia familia. Mi papá, mi mamá, mi hermana, mi hermano y yo. Tenía 5 años. Fueron cuatro años y medio. Mis papas se habían ido para el Putumayo en búsqueda de mejores oportunidades, acá en Neiva no las tenían.

Allá nosotros vivíamos al lado de una cancha inmensa. Yo salía a montar bicicleta. También me gustaba mirar pasar los helicópteros y cuando aterrizaban en medio de la cancha, muy rara vez, saludaba a los soldados y hablaba con ellos. Tenía pocos amigos. Y era muy difícil que esos pocos salieran a jugar, por el tema de la seguridad, y por las balaceras.

UNA DE LAS HORRIBLES NOCHES

Recuerdo que una vez viví de cerca una balacera: fue algo muy épico. Nosotros, y nuestra casa, estábamos ubicados en medio del fuego. Al lado izquierdo de la casa quedaba el río, y más allá, la selva virgen. Al lado derecho quedaban las montañas. Nosotros tres (mi papá, mi hermano y yo) estábamos sentados en las gradas de la cancha, y las balas empezaron a caer, entonces nos acostamos y alcanzábamos a percibirlas, por encima nuestro. En el momento, no éramos conscientes del riesgo que corríamos. También pasaron un helicóptero y el avión fantasma. Para nosotros se había convertido en algo natural. Eso lo recordamos como si hubiera sido ayer.

Al otro día, cuando nos despertamos, llegó un helicóptero que traía los soldados que habían caído en el combate, yo fui a verlos. Había unos sin piernas, otro tenía el estómago reventado- como si le hubieran puesto una bomba ahí- y otros muertos por heridas de bala".

*****

LA NUEVA VIDA

"Mis papás decidieron que volviéramos a Neiva porque acá estaban viviendo la mamá y la hermana de mi papá. Ese mismo día llegó el señor del camión para realizar el viaje obligado. Mis papás y mi hermano se fueron en él.

Mi hermana y yo viajamos en un bus de transporte público. Llegamos a Neiva y apenas me bajé del bus, me sentía raro, no me hallaba, estaba en otro mundo. Vinimos a vivir a Galindo. Para mí fue muy difícil dejar una vida atrás para comenzar una nueva. Para ellos debió ser peor. Yo pensaba terminar mis estudios allá en el Putumayo, tenía mis amigos. Y eso significó dejarlos de un momento para otro, sin despedidas ni una razón aparente. Todavía me acuerdo de ellos, pero quien sabe si ellos se acuerden de mí. Yo he vuelto varias veces allá pero no he vuelto a saber de la vida de ellos, no los he visto.

Acá empezó una nueva vida, me costó mucho la adaptación del campo a la ciudad; pero, cuando toca, toca. Ese fue el peor momento de mi vida. Significaba cambiar de vida: mi lugar. Comencé a estudiar nuevamente. Llegué en el primer grado de primaria. Y aquí estoy- en Noveno, de secundaria. Allá -en el campo- por ejemplo, podíamos acostarnos a dormir y dejar la puerta abierta, y al otro día todo amanecía igual, las cosas en su lugar. En cambio, acá- en la ciudad- no, hay mucha inseguridad, muchos robos. No se puede hacer lo mismo. En el campo la gente siente mucha cercanía con la guerrilla o los paramilitares, y apenas alguien roba, lo denuncian y ellos los mandan a matar.

Entré al bachillerato y con él me encontré con uno de los mejores momentos que he vivido. Fue uno de mis mayores sueños, algo que me propuse desde mucho antes. Desde niño he pensado terminar todos mis estudios, y cuando terminé la primaria, e inmediatamente arranqué el grado sexto, para mí fue un gran logro. Me sentí rozando la adultez. Ese día estuve a punto de llorar. Lo mejor de todo fue darle la noticia a mi mamá: se la di entre bromas, y a ella le entró una felicidad, que fue compartida cuando se la contó a mi papá.

*****

Hoy por hoy, en mi tiempo libre disfruto con mi familia y mis amigos del colegio: a veces salimos, a veces jugamos. También hago videos para YouTube: los grabo y los edito. Me gusta expresarme y darme a conocer a través de ellos. Quizá alguna persona se identifique con cada una de las historias que resguardo allí. Inicié usando el celular de mi mamá: el primer video que grabé fue con dos muñecas de mi hermana, como si fuera una película, hacía las voces detrás de cámaras e iba moviendo las muñecas.

El tiempo me ayudó a adaptarme. Cuando llegamos, conocimos personas con historias similares a la nuestra.

Gente a la que le había tocado una situación difícil: salir del campo y buscar refugio en la ciudad. Ellos, vecinos del barrio, nos ayudaron. En el colegio también me topé con varios compañeros que tuvieron una vida difícil en el campo y también son desplazados: les tocó venirse por la misma razón; incluso, a algunos les llegaron a matar a sus papás. Con ellos me sentía todavía en el campo, como si nada de lo que viví hubiera pasado.

Con otras personas fue difícil, porque era víctima de bullying: me molestaban porque venía del campo, me decían que era tonto y bruto por haber vivido allá. Me decían que era campesino y que, en lugar de estar ahí, tenía que estar cuidando las vacas o echándole maíz a los pollos. Era muy duro porque significaba convivir con personas que nunca habían vivido eso. Nunca habían estado allí. Y nunca llegarían a sentir lo qué era eso, ni iban a pasar por lo que yo pasé. A mí nunca me gustó responderles, no soy de los que buscan problemas- yo veo una pelea y soy el primero en salir corriendo-. Lo único que hacía era agachar la cabeza, e ignorarlos. Mis papás, hasta el momento, no se han enterado de eso.

Luego conseguí amigos, y se convirtió en una rutina salir a jugar todas las noches. Llegamos al punto de inventar nuevos juegos y nos divertíamos bastante.

A pesar de eso, todavía no logro acostumbrarme a los tiempos y los ritmos de la ciudad. A veces le digo a mi mamá que quiero volver al Putumayo, ir a saludar a mi abuelo y a mi tío más seguido. Este año, por ejemplo, volví. Dos veces. Lo que sentí cuando volví, después de salir de esa forma, fue tristeza. Es un lugar en el que había querido vivir siempre, del que me sacaron sin poder hacer nada, de forma injusta. Mis abuelos me aconsejaban, y ahora me doy cuenta que tenían la razón, el tiempo es buen amigo de la costumbre. Aunque a veces, cuando llego allá se me antoja quedarme y no volver nunca.

MIRANDO HACIA DENTRO

Tengo sueños y tengo propósitos: Mi mayor sueño es lograr que el tiempo que mi mamá ha invertido en mí no se pierda: desde pequeño he querido ser piloto. Mis propósitos son convertirme en uno de los mejores YouTuber de Colombia y lograr ser jugador profesional de fútbol. Me estoy esmerando por conseguirlo: todas las noches, sin falta, salgo a jugar fútbol, a conseguir aprender cosas nuevas y mejorar mi técnica; en el estudio, estoy mejorando mi rendimiento, siendo cumplido y puntual;

y en Youtube, sigo contando anécdotas que me van sucediendo todos los días, a ver si la gente puede identificarse.

Además de ser piloto, si pudiera elegir un trabajo en el mundo escogería el de psico-orientador: porque supongo que, al compartir mi historia con algunas personas, se pueden sentir identificados y voy a poder comprenderlos. Que ellos aprendan de mí y yo de ellos, para poder ayudarlos cuando lo necesiten: porque cuando yo era pequeño no hablé de mi vida con nadie, nadie supo de mis problemas y no tuve ayuda, lo tuve que superar solo. La idea sería que esas personas no vivan lo que me tocó a mí.

La llegada a la adolescencia me costó. Madurar fue lo más difícil. Generalmente, soy muy divertido y me rio mucho, en el salón soy el que les saca la sonrisa a todos. Para que me vean triste tengo que pasar por un problema muy grave. Madurar es cambiar. Dejar de ser tan infantil, volverse adulto. Es algo muy normal. A mi hermano también le sucedió lo mismo.

Mi vida ha sido muy equilibrada, he tenido felicidad en la misma cantidad que la tristeza.

Mis momentos buenos y mis decadencias. Momentos buenos como avanzar en los estudios, que mis papas estén vivos y vivan con nosotros. Momentos tristes como perder una materia, hacer enojar a mi mamá.

Cuando llego del colegio, en la noche, le cuento a mi mamá como estuvo mi día, y le pregunto cómo estuvo el de ella. Mi mamá trabaja vendiendo salpicón en la moto. Todos los días le pregunto ¿Qué cree que va a pasar mañana?, porque es una forma de interacción rutinaria. Ella me dice que todo va a salir igual, que de pronto algunas personas nos van a dejar. Mi papá era pescador. Hace más de un mes dejó de hacerlo. Una vez, casi se ahoga por un enredo de la malla con la que pescaba. Él no nos dijo nada, solo le contó a su mamá.

Mi mamá es una mujer bajita, que cambia mucho el color de su pelo, gordita, tiene 35 años. Mi papá es más alto que ella, pero más bajo que yo; es acuerpado pero barrigón, pelo negro, 38 años. Siempre los he tenido como los mejores padres del mundo.

En el barrio donde vivo (Montebello, uno de los asentamientos ubicados cerca al barrio Alberto Galindo, en la comuna 9) los vecinos son muy unidos. Nos divertimos, jugamos por la noche, hablamos, nos contamos y nos reímos.

Ahora todos estamos viviendo en una sola pieza, el resto de la casa falta terminarla: falta techar, echar los ladrillos. Es una casa a medias.

El sector es peligroso. Hay mucha delincuencia y mucho joven drogadicto. Nosotros ya nos acostumbramos a jugar con esos olores ahí. Siempre nos ponemos a pensar que será de esas personas. Cuando hablamos, siempre decimos que no nos gustaría vernos ahí, en ese lugar. La amistad que tenemos nos ha servido de barrera protectora contra todo eso. Para mí no es necesario llegar hasta allá, porque cuento con todo lo necesario: mis amigos y mi familia, y el apoyo de ambos.

Mis mejores amigos son Pilín, Juancho, El Zurdo, Edwin, Melquin, Zurdito Pequeño, Jimena y Katherine, porque son personas que me han sabido comprender, sé que puedo contar con ellos en cualquier momento y han depositado su confianza en mí. Cada vez que estoy con ellos, tanto en el barrio como en el colegio, me siento en un lugar muy agradable y cómodo.

Me fascina la electrónica y el rap. Me gusta cancerbero porque sus letras van mucho conmigo: cuentan, tanto tristezas como alegrías.

Soy ateo, pero nadie lo sabe, ni mi mamá. Cuando uno crece va conociendo el mundo como uno lo quiere ver. Voy más por la parte de la teoría científica, en lugar de la religión.

Mi abuelo- 70 años, aproximadamente- es la persona que más quiero en el mundo. Cuando nos visita, hablo mucho y duermo con él. Me da consejos y me apoya. Es la única persona en el mundo en la que yo confío. Ni siquiera mis papás se han ganado esa confianza. Porque los abuelos tienen una conexión grande y diferente con los nietos. Él es bajito, tiene el cabello blanco, solo ve por el ojo izquierdo y tiene una prótesis en el derecho, por un golpe que le dieron hace muchos años. Me entretiene escucharlo hablar de la biblia: lo que dice se vuelve interesante por cómo lo cuenta.

Mi abuela murió hace 5 años, de cáncer. Tenía 85. El día que murió la trajeron de Mocoa. Mi mamá fue a recogerla porque ella no quería morir allá. Cuando llegaron, ella ya no podía caminar, me miró a los ojos y agachó la cabeza. Es una mirada que nunca voy a poder olvidar. Luego, la bajaron del carro, la entraron, yo la tomé de una mano y mi mamá de la otra. Volteó a ver la dirección para ver si estaba en la casa de ella y tomó un suspiro y descansó. Mi mamá dice que en ese momento murió.

Me siento como un personaje, porque mi forma de ser es eso. Soy muy diferente a los demás, por la vida que he llevado. La persona que todos conocen no es lo que en realidad soy. Tengo mis momentos de tristeza y eso nadie lo sabe. En esos momentos, escucho electrónica pienso que será de mañana, en mis errores, hago mis correcciones, trato de cambiar esas cosas. También hay momentos de alegría, porque recuerdo los momentos con sus personas ahí, incrustadas.

No creo en la reconciliación. Creo en la paz personal, primero, aunque suene egoísta y luego la colectiva, haciendo felices a las personas.
Creo que tenemos que cambiar la forma en la que estamos viviendo y la forma de concebir el mundo. Hay que recuperar desde el saludo, cuando uno se sube a una buseta, hasta la forma de pensar, que cada persona entienda que tiene la posibilidad de cambiar el mundo, que si cada uno aporta su granito de arena este asunto sería distinto. Me gustaría que dejemos la discriminación, el clasismo, porque si todo eso se acabara, el mundo sería distinto y se podría solucionar cualquier problema. Hay que hablar, con los más cercanos, contando sobre lo que está bien y lo que está mal. Para que lo que digo se vuelva algo común y llegue a todo el mundo. Una conversación mundial.

Hay que eliminar algunas formas de poder o cambiarlas. Sería mejor acabar todo eso y que las personas hagan su gobierno pensando en el bien de todos, que no sea posible que una persona tome las decisiones por los demás. Que todos dieran sus opiniones y tuvieran la posibilidad de hablar, para que la gente entienda el punto de vista de los demás.

“Soy una persona que tiene futuros y sueños. Que comprende y respeta a todo el mundo y siempre espera lo mismo de los demás. Yo me veo como alguien que va a dejar huella y al que todo el mundo recordará porque va a cambiar algo, porque lo va a hacer algo muy distinto a los demás.”
Todo el tiempo estoy pensando en cómo me gustaría que me recordaran: creo que lo harán como la persona que les alegraba el día, porque todos los días me despierto con una sonrisa pintada, siempre me dicen lo mismo.

Neiva 2018
Por Carlos Prohaños

MI VIDA MI BAILE



Todo comienza con una mujer noble, hermosa y muy humilde que siempre creyó en el amor, su doctrina más preciada, su antídoto contra el dolor. Sus sentimientos la llevaron a experimentar todo aquello que su corazón sentía; dosis de masculinidad invadieron su alma y tres relaciones fallidas dieron fruto a sus cinco hijos.

El tiempo hizo de las suyas y ella descubrió que el amor era diferente a lo que creía, que más que alguien a su lado, necesitaba dosis de alegría, sinceridad y sobretodo, fidelidad. Fue así como Rubiela se convirtió en una madre soltera, un rol que en lugar de incomodarle, le recordaba diariamente que sus pequeños eran la razón que necesitaba para continuar.

A raíz de un acuerdo con sus ex parejas tres de sus hijos fueron cedidos en custodia a sus padres, su familia se hacía más pequeña y ahora solo contaba con la compañía de Brayan y María, los dos menores. Rubiela empezó a trabajar y se esforzaba para llevar un plato de comida a casa, las condiciones de vida eran muy inestables, a veces llevaba a los niños al trabajo, le pedía a la vecina que los cuidara o los dejaba solos en aquella pieza arrendada. No pretendía ser una mala madre, solo se dejaba llevar por el juego de la sobrevivencia.

Los meses iban pasando y cada vez el dinero se hacía más escaso, no había cuentas o fórmulas matemáticas que ayudaran a estirar más los pocos pesos que ganaba. Decidió entonces buscar nuevas oportunidades y fue ahí donde nació su trabajo como administradora en una cantina, una profesión que no le gustaba mucho, pero que en definitiva le llenaba más los bolsillos

.

Cuidar a sus hijos se hizo algo imposible, el tiempo no le alcanzaba ni para dormir, su ritmo de vida se aceleró y ya no les podía dar la atención que merecían. En su afán de velar por el bienestar de ellos y con el fiel compromiso de ser una madre responsable, optó por llevarlos a una vereda cercana dejándolos bajo el cuidado de su abuela, un parentesco que, según Rubiela, los haría sentir como en casa.

Brayan, quien se acoplaba a un nuevo estilo de vida, es el verdadero protagonista de esta historia; un personaje sensible, noble y muy soñador que a su corta edad no era capaz de dimensionar todo lo que se vendría. Al principio, la estadía con su abuela era amena, tenían un techo, comida y un patio enorme en el que solía distraerse, pero su abuela se aburrió de su presencia en la casa, más que sus nietos, empezaron a ser un estorbo que ella no terminaba de aceptar.

Él y su hermana vivían sucios, con los pies descalzos y las manos lastimadas debido a los trabajos que su abuela María les ponía: cocinar, limpiar, lavar, planchar eran solo algunas de las obligaciones. No conforme con esto, - y dado a su apariencia de abandono y pobreza - , ella los indujo a la mendicidad, generar lastima en los demás era su tarea matutina así, ambos hermanos pasaban tardes enteras en aquella vereda a la vista de todos, sentados en una esquina del parque esperando que algún transeúnte les diera una moneda.

Lo paradójico del asunto es que mientras en la calle fingían un rol de huérfanos desamparados, a la casa de su abuela llegaban los regalos y el dinero que con mucho amor su madre enviaba cada mes, los mismos que su abuela escondía en su cuarto bajo llave.

A pesar de que ambos hermanos compartían aquel infierno no eran muy unidos, su relación se debilitó por las obligaciones que debían cumplir, mientras ella cocinaba, él limpiaba el patio y así… cada uno viviendo una vida paralela, solos, sin nadie a quien contarle lo mucho que estaban sufriendo.

Tres veces al mes su madre iba a visitarlos y siempre se marchaba con la ilusión de que

todo estaba bien; atemorizados por las represalias de su abuela, los niños no se atrevían a decir nada, por eso su madre nunca sospecho que aquellos morados justificados como "caídas de juego" serían en realidad el actuar de un lobo feroz disfrazado de abuelita.

Toda esta situación empezó a alimentar un sueño al que Brayan denominó "libertad" se añoraba lejos, tranquilo y feliz, no entendía por qué su vida era diferente a la de otros niños, él no salía en las tardes al parque, no tenía amigos, ni un papá que le comprara helado los días domingo.

Lo primero que hizo en pro de su sueño fue experimentar tardes de autonomía. Sin que nadie se percatara, Brayan se escapaba de la casa de su abuela y corría 4 kilómetros hasta llegar a un inmenso árbol, allí dormía placida y tranquilamente, la brisa solía correr con cautela, el sol le besaba las mejillas y su alma podía respirar. Todo iba bien hasta que su abuela lo descubrió y lo obligó a permanecer en casa, nuevamente el encierro lo poseía.

El tiempo siguió transcurriendo, los días eran iguales, llenos de colores grises que solo opacaban las ganas de vivir.

Pasaron unas cuantas navidades y ya Brayan tenía 9, su cuerpo y mente eran el reflejo de los años, aquel niño que se dejaba doblegar había desaparecido, después de tanto se arriesgaría a jugarse su última carta: hablar con su mamá.

Para su suerte, una vecina chismosa del pueblo - o un ángel caído, como prefiere llamarla Brayan- fue quien le contó a Rubiela sobre el modo de vida de sus hijos, le dijo que siempre los veía en el pueblo con harapos, pidiendo dinero, y que además de descuidada, la abuela era una mala mujer.

Aquellas palabras se convirtieron para Rubiela en una cachetada fría y diciente, se sentía culpable, engañada y muy desilusionada, se reprochaba a sí misma la maldad de su madre y todo el tiempo que perdió al lado de sus hijos. En cuanto pudo, viajó hasta a la vereda, voló la casa a gritos y sacó de allí a sus dos pequeños, el maltrato llegaría a su fin.

Fue así como Brayan, su mamá y su hermana llegaron a Neiva, llenos de miedo, solos, pero con muchos sueños en la maleta, aquella promesa buscar un mejor futuro se convirtió en su nueva doctrina de vida. El cambio fue difícil, no solo se encontraron con el ruido de la ciudad, el tráfico, el clima soleado,

la gente egoísta y los amigos de lo ajeno, sino que se toparon con una realidad que con todo y sus dificultades era lo que siempre habían deseado.

Por primera vez y con nueve años de edad, Brayan empezó a estudiar. Poco a poco fue descubriendo lo que era un salón de clases, el recreo, el compartir, los amigos y sobretodo, la tarea. El lineamiento académico de la institución lo ubicó en el grado preescolar, una etapa en la que se le dificultó aprender a leer, escribir y, como todo niño, confundía la d con la b y la s con la c. A pesar de su edad le costaba mucho entender, concentrarse, nunca tuvo en casa a alguien que le enseñara, que se sentara con él y le explicara, el analfabetismo fue su único refugio.

Su apariencia física fue su mejor arma para ocultar el pasado. Teniendo 9 años, lucía como un niño de 7, algo que lo hacía sentir cómodo pues imaginaba que iba a la par de sus compañeros. Cada día sus esfuerzos eran más grandes, la idea de aprender y mejorar su estilo de vida realmente lo ilusionaban.

En el 2013 ingresó al colegio, un espacio en el que al principio fue víctima de burlas por ser callado, tímido y muy solitario, un blanco fácil para los estudiantes más antiguos. Fue en ese momento en el que la relación con su mamá se fortaleció, ella se convirtió en su aliada, su voz de apoyo, quien cambiaba las burlas de sus compañeros por palabras de amor y cariño. La autoestima de Brayan creció tanto que le abrigaba el cuerpo completo, se volvió de un material sólido como el hierro, una armadura fuerte y segura que no solo hizo que las burlas terminaran, sino que poco a poco lo llevó a ser el más popular del colegio. Comenzó a relacionarse con todos, a tener amigos y hasta tuvo que rotarse en los recreos porque muchos querían ser su fiel compañía; en aquella institución no había docente, estudiante o administrativo que no lo conociera, era una especie de líder que desde la oscuridad empezó a brillar.

A la par de su experiencia en el colegio, algunos gustos empezaron a surgir; con merengues románticos, cumbias y bailes folclóricos, Brayan se inclinó por la danza vinculándose a un grupo cultural que tenía sede en el barrio el Galán, allí aprendió a bambuquear, a caminar en punta talón, adoptar una posición de espalda recta y una enorme sonrisa al bailar.

Poco a poco la práctica lo convirtió en buen bailarín, empezó a hacer parte de las comparsas folclóricas y en las fiestas de San Pedro del 2014 logró su debut en los desfiles, una experiencia que jamás olvidará.

Actualmente, Brayan tiene 20 años, es un experto en el escenario y aunque los nervios siempre lo intimidan, sus habilidades devoran cualquier pista de baile. Hace parte de la agrupación cultural ATHENEA, que vincula a jóvenes de la comuna 6 de la ciudad de Neiva, un espacio en el que el arte, la música, el teatro y la danza son los protagonistas; ya lleva más de 8 años en esta agrupación, que además de pulir sus cualidades como bailarín, es un escenario en el que ha conocido a sus mejores amigos, con quienes comparte, baila, ríe, chismosea y hasta encuentra una forma de olvidar la realidad que en ocasiones tanto le aqueja.

Sigue enfocado en sus estudios y mientras cursa el grado once alterna sus clases con un curso en el SENA que poco a poco le ha permitido experimentar en el mundo laboral.

Hace poco se aventuró a confesarle a su mamá su gusto por los hombres. Ella, entre la sorpresa y el amor, lo abrazó y admitió que aunque le sorprendía siempre lo apoyaría, una reacción que unió, aún más, los vínculos entre Brayan y su mamá, por fin después de tanto la sentía más cerca que nunca, el tiempo los unía como almas gemelas.

Hasta la fecha Brayan ha tenido 4 parejas sentimentales, todas inocentes e inestables como suele ser el amor a temprana edad. Descubrió el sexo, la compañía, los celos, el compartir, el querer y hasta sumó una que otra lágrima a sus historias, pero todo esto lo han llenado de aprendizajes. Tal como en el baile ha mejorado luego de tropezar varias veces, entendió que el amor es una coreografía que se construye y se baila entre dos, no importa el género musical que se escoja, el vestuario o los elementos a usar, lo importante es que experimenten tanto que a la final lleguen a ser uno solo.

El futuro es algo que le emociona mucho y aunque no tiene ni idea de lo que pueda pasar, los días se le van en sueños. Anhela profundamente poder graduarse, estudiar danzas y perfeccionar su técnica, viajar a Londres y estudiar en el The Royal Ballet School, un centro de formación que vincula en sus filas a los mejores bailarines con las compañías más prestigiosas del mundo, un placer que no cualquier bailarín se puede dar. Quiere tener una gran familia, proclamar el arte como profesión, deseo y un verdadero estilo de vida. Pero es sensato y sabe que nada llegará por sí solo, que debe ser constante, juicioso y entregado a lo que quiere.

Brayan es un joven que, a pesar de su pasado, los prejuicios que afronta en su barrio y el estigma que deriva de su forma de ser, es extremadamente comprometido consigo mismo. Desde hace mucho apeló a su autoestima para poder vivir, para volverse resistente a los comentarios, a la envidia, al rechazo, un salvavidas que le ayuda a proteger su noble corazón.

Por Natalia Matallana

POR UNA VIDA MÁS FRANCA

Diecisiete años y "tengo más cargos de conciencia que cualquiera". Dice "Franco" o "Mono", hay para elegir cómo llamarle dependiendo de los ánimos con que se haga. En su familia y círculo de amigos es Franco, mientras que en el bajo mundo está fichado como "Mono" o "El Mono".



Antes de pisar las rutas del hurto, el consumo y la venta de drogas, Franco tuvo una infancia normal, común y corriente. Con necesidades, como todos, pero alejado de las calles o los peligros que en un par de años iba a conocer simplemente

porque lo picó el mosquito de la curiosidad. La misma curiosidad que en varias ocasiones lo ubicó en escenarios de vida o muerte, de adrenalina pura. Una adrenalina que ni siquiera el perico le producía desde la primera vez que lo probó con tan solo 14 años encima. Esta es la historia de un joven que pasó de jugar con su mejor regalo, un Max Steel, a los 6 años de edad, a ser amigo fiel de los callejones sombríos del barrio Las Palmas a los 15.

Durante sus años de colegio pasó por cuatro instituciones sin terminar sus estudios: el Hogar Infantil Loma de La Cruz donde cursó hasta primero y en donde fue escribiendo un historial agresivo. Fue allí donde tuvo su primer gran conflicto con un compañero, no por un lápiz o por un balón de fútbol, del motivo no se acuerda pero lo que sí puede lograr resaltar es un tabique fracturado. No fue el suyo. La segunda parada la hizo por siete años, en el colegio José Eustasio Rivera, donde perdió tres veces el grado séptimo. Luego, le quiso atinar a otro chance en el Técnico Superior, y finalmente se rindió en el Enrique Olaya Herrera. Lo demás lo ha aprendido en la escuela de la vida.

UN DESTINO INEVITABLE

El barrio Las Palmas está ubicado en el Oriente Alto o comuna Diez de la ciudad de Neiva, fue allí donde las malas compañías hacen efecto y lo inducen a tomar el camino equivocado: el de las drogas, un espiral del que muchas veces es difícil escapar. El Mono nació de un cúmulo de cosas, situaciones que se acomodaban como una fila de dominó que finalmente cayó. Hoy en día no se siente orgulloso de su pasado, aunque dice que el camino muchas veces ya está trazado y únicamente queda seguirlo, "el que nace para ser ladrón, será ladrón. Así no quiera".

Las necesidades, la falta de atención en su hogar, el olfato hambriento de la adolescencia y la combinación de las malas juntas arrojaron finalmente una legión de malas acciones. El Mono encontró en sus nuevos amigos, o como él los llamaba, "su familia", un lugar en donde no solo se tenían los unos a los otros incondicionalmente sino también donde el dinero se veía y se ganaba "fácil".

CAMINOS OSCUROS

No es un secreto que hoy en día la población que más accede a sustancias psicoactivas es la juvenil,

El Mono empezó a consumir marihuana y perico a los 14, y a los 15 ya hacía parte de los negocios de la droga en el sector que residía vendiendo de todo un poco, usando las llamadas "líneas", que según él son la ruta de acceso a toda clase de estupefacientes: allí se encuentra marihuana, bazuco, creepy, perico y popper, esta última, la más popular entre los adolescentes.

"Es fácil entrar y fácil salir", menciona respecto al negocio, el único requisito es tener los llamados "flechas", que vienen siendo el puente de entrada, los contactos, algún conocido que de fe de quién es y listo. Lo realmente complicado está en sobrevivir, en naturalizar el miedo que esas circunstancias atraen, "soy un ser humano, no existe hombre de piedra", afirma con risa irónica.

Franco da un recorrido cauteloso de lo que fue ser El Mono, del miedo que muchas veces sintió y de las situaciones que lo hicieron dudar sobre el trabajo que ejercía. Una de ellas sucedió mientras cubría una zona que "el duro" de otro sector buscaba adueñarse, un espectáculo de juegos pirotécnicos entre los dos bandos que dejó a uno de los suyos malherido y que finalmente no aguantó el impacto de las balas.

Aún recuerda sus últimas palabras, el rostro agonizante, las motos a toda velocidad buscando su casa para dejarlo y las palabras de la madre en medio de la angustia, "¡déjenmelo aquí y corran!". Y así lo hicieron. Fue en ese entonces la primera vez que pensó,- "¿en qué me metí?".

Y las historias siguen-, está también aquella ocasión en donde sirvió como mula junto a otros compañeros, tenían la tarea de realizar una entrega de mercancía cerca a Pitalito. Jóvenes e ingeniosos, para ahorrar el dinero del transporte idearon la estrategia de cumplir con la cita subiéndose en cuanta mula pasara hasta llegar a la vereda. Pero algo los delató, no fue la policía, ni ningún conductor.

Iban uniformados con buzos de equipos de fútbol en la parte de atrás de alguna mula escogida al azar. Una vía larga y silenciosa sorprendida de repente por los estruendos de balas y un odio sinsentido de hinchas de América de Cali.

Fue una batalla que lo marcó –como si no tuviera suficiente- por lo que vio y por lo que hizo: uno de sus amigos había sido atacado con un machete y respondiendo a eso asesinó a tres de sus enemigos. La gota que rebosó el vaso.

CAMBIO DE PÁGINA

Hace un año volvió a ser Franco, el hermano mayor, el ejemplo de sus hermanos, el que se relaciona fácilmente con todos, por medio de su habilidad con la palabra. Ha cambiado las armas y las drogas por el Xbox y las fiestas sanas con sus amigos. "Todos tienen un propósito y los que aún no lo encuentran se pierden", decía Franco al principio de la conversación.

Ha vuelto a casa y aunque a veces el ayer traiga vestigios de lo que fue, parece que tiene claro que ahí no quiere volver, que esos lugares le han robado quizá los que pudieron ser los mejores años de su vida. Pero aún hay tiempo para volver a escribir su hoja de vida.

Franco sabe bien a quiénes tiene que agradecer por sacarlo de ese espiral, su tía quien lo acobijó por mucho tiempo mientras se perdía por aquel mundo, su amiga Tatiana a quien describe como una buena consejera, su hermana de 7 años y su hermano de 4 años y por último y más importante, su madre, su motor, la vida que cuida a la par que va regenerándose.

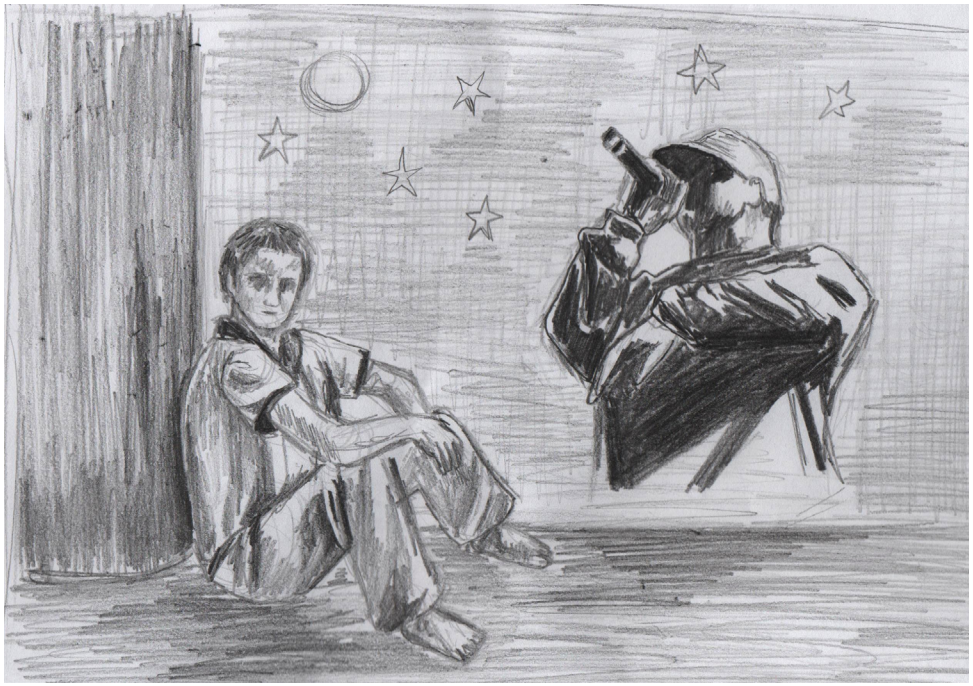
Su tía adorada, cumpliendo el papel de ser uno de sus más grandes apoyos, le consiguió al poco tiempo un empleo en trabajos de obra blanca (pintura, estuco, etc), aunque el dinero que recoge semanalmente no se compara con lo que anteriormente ganaba, sabe que la vida no es fácil -mucho menos en su situación- pero tiene claro que hay que seguir. En eso duró bastante tiempo, el suficiente para aprender de todo un poco y para que lo buscaran de distintas partes para cumplir con su labor.

El propósito que hace tres años no encontraba lo descubrió en el amor, en una muchacha que conocía mientras estaba sumergido en el negocio de las drogas y que poco tiempo después de tomar la firme decisión de salirse quedó embarazada de una niña, desde entonces es ese su nuevo refugio.

Aunque sigue defendiendo la idea de que la marihuana no es mala, criticando la idea errónea de que solo los pobres conocen las drogas y que muchas veces es simplemente la misma necesidad quien juega sucio, Franco jamás pensó que una vida tan pequeña se fuera a convertir en su polo a tierra, en aquel propósito que tiempo atrás parecía escondido e imposible de hallar. Sin importar el hecho de que la pequeña no es suya, a Franco por fin le llegó la luz en medio de tanta oscuridad.

Por Viviana Guzmán

CALLES CALIENTES



Son las cinco de la mañana y una alarma ensordecedora despierta de un solo brinco a Calles, le duele que ya no haya quien le diga que debe levantarse y le tenga un desayuno servido.

– Desayuno, piensa, hay que salir a buscarlo –. El agua fría de Bogotá a esa hora de la mañana lo deja listo para la acción, no sin antes fumarse el porro matutino. Sale temprano con un "parcero" y se camina el barrio Chapinero mientras busca como ganarse la primer comida del día.

Hacia el paradero iba una señora de mediana edad, abrigada y con un bolso en la mano, Calles le hace una seña a su acompañante para dirigirse hacia ella. Tras una maniobra instantánea, tres segundos de forcejeo, gritos ensordecedores, y un *"Déjese robar o le doy un puntazo"*, Calles termina tumbando el bolso y con él, la comida del almuerzo que aquella mujer preparó desde la noche anterior. Ni un documento de identidad si quiera se alojaba en el maletín, solo el par de portas color azul quedaron abiertos y estrellados en el andén mientras el susto había dejado a la mujer en primera base. Él la mira y se echa a correr mientras escucha como su última víctima solo llora sin consuelo.

Calles en realidad era un joven que vivía lleno de rabia, muchas cosas en la vida poco le importaban. Después de que su mamá se fuera a España con el hombre que tiempo atrás la maltrataba a ella y por supuesto a él, Calles solo se perdió.

En ese momento su única fiel compañía en una ciudad que puede devorar a la gente como lo es Bogotá, era el vicio. La desolación de lo que fue le cambió el chip hacia el importaculismo crónico, a la dureza de pecho y alma, y al ensimismamiento, es por eso que le molesta admitirlo pero, ese día se le arrugó el corazón.

Un rapero 100% bambuquero

Él no siempre fue así. Antes de su drama capitalino vivía en una ciudad más pequeña ubicada en el sur colombiano, una ciudad que para él es sagrada, Neiva. Allí sus padres Johanna y Hernando de 14 y 17 años de edad lo engendraron en el año 1991, no obstante; para Calles, su abuela Lucila "La poeta" y su abuelo Jorge siempre serán su verdadera familia, a la final fueron ellos quienes lo ayudaron a crecer en uno de los barrios más populares de la ciudad hacia el lado oriente, el barrio Palmas 2. Cuando era niño vivía en un ambiente de amor, sus abuelos fueron el mejor ejemplo, no pudieron haber hecho la tarea mejor, así pues, admite que si él es lo que es, no fue por la crianza, no fue lo que le enseñaron, fue porque él mismo salió a buscarlo.

–Fui el niño destacado en las clases artísticas, era quién bailaba el sanjuanero pero también amaba escuchar rap y hip hop. Hacia el año 2000 Vico c era mi referente, cuando lo escuchaba hacía fonomímica, y así estuve involucrado en la cuestión del arte y la música por mi abuela, sin embargo a mí siempre me gustó la calle, el peligro, hacer lo que no estaba bien. Yo me metía los cuchillos de la casa en la pretina del pantalón y así me iba para el colegio sólo porque me quería ver malo –.

Y es que eso era el pan de cada día en el barrio, ver sicarios en moto, personas con armas, muertos frente a las casas. Siendo niño no delinquía, se asustaba cuando las cosas pasaban, pero una vez los malandros se iban el salía a ver el muerto. Cuando la novela "Pandillas, guerra y paz" salió en televisión nacional, para él no era una sorpresa lo que se mostraba, todo y más ya lo había vivido. Sus abuelos intentaron protegerlo, pero Calles era un joven terco, a él lo oscuro lo llamaba. Cumpliendo 13 años Johanna, su madre, queriendo salvarlo de la vida de barrio le pidió que se fuera con ella y su nuevo hogar para Bogotá. Calles como todo niño se dejó deslumbrar, allí no le iba a faltar nada, o eso le dijeron, y aceptó; a pesar de ello, el día que estaba empacando vio a sus abuelos llorar, el niño de sus ojos se estaba yendo y eso lo destrozó.

Una vez estaba en Bogotá se dio cuenta que lo pintado era completamente distinto

a lo real, que la felicidad de Johanna se había acabado a punta de golpes y gritos propinados por Enrique, su actual pareja y el papá de sus dos hijas menores. Enrique era teniente de la Policía Metropolitana, creía que el mando que tenía en su trabajo también se replicaba en casa. Era sádico y grosero y no solo con Johanna, con Calles también, lo humillaba por no ser hijo propio y lo menospreciaba. No pasó mucho tiempo para que Calles necesitara un respiro de toda esa tristeza, miedo y rabia que lo acobijaba; el arte siempre estuvo ahí para él.

Era el año 2007, él creía que una buena manera de sacar todo lo que tenía adentro era asumiendolo y marcandolo en su piel, así que llamó a un amigo para que le abriera un espacio en su tienda y lo tatuara. Así fue, el tambor de la máquina ya vibraba y el artista pidió rap para la concentración. Al final no solo terminó tatuado, también descubrió que hacer rimas era su nueva pasión. Por otra parte su escape siempre fue Neiva, agarró maleta y en el camino todo lo que veía intentaba volverlo una canción hasta que allá fue a dar.

Calles era un buen muchacho, un hombre familiar, pero sentía que le habían fallado, y al llegar y ver a sus abuelos se dio cuenta que estaba viviendo una vida que no era la suya, lloró.

Mientras su abuela se había ido a trabajar él se quedó viendo una película que le acababan de recomendar, "La vendedora de rosas". Le gustó, lo cautivó, la sintió cercana, se identificó, él nunca había probado la droga, oportunidades habían sobrado pero ese día sintió mucha curiosidad. Llamó amigos del barrio, y se quedó metiendo pegante 2 meses sin que nadie supiera, este muchacho se quebró.

Al volver a la capital, "Los comandos azules" lo estaban esperando. Se trata de la barra brava que alienta al equipo de futbol Millonarios. Nuevas prioridades llegaron a la vida de Calles, él quería ir a verlos jugar, viajar a cada uno de los partidos por todo el país y fue ahí donde empezó a robar. Su primer robo fue un celular. – *Yo siempre me acercaba con violencia sacaba el cuchillo y decía "bueno quieto páseme todo o si no se las pego". Nunca pegué puñaladas a personas inocentes, sólo cuando era en defensa propia. Cuando robaba de pronto un calvazo pero yo tenía mis reglas: no robar a mujeres embarazadas ni ancianos* –.

Enrique estaba en busca de una mejor vida lejos de Calles, se dio cuenta que tenía el modo y se llevó a Johanna y sus hijas para España. Calles quedó destrozado, él sentía que simplemente había sido menospreciado, se llenó de rabia,

de rencor, odiaba a los policías, odiaba a su mamá, extrañaba su Neiva, sus abuelos, en ese momento él se destrozó. Aun así él sabía que no era el mismo y estaba convencido de que solo estaba mejor.

Cogió perrenque y ahí estaba, huyendo. Huyendo de los gritos y sollozos de la mujer que intentó robar y le salió mal. Huyendo de sus sentimientos de culpa. Pensando en ir al Bronx A fumarse un porro y despejar la mente para volver a trabajar. Cayó en cuenta que por ese camino no puede pasar, que lo querían matar y se fue para la casa. Al llegar su mujer inundada en preocupación le dijo que la bebé no tenía leche, que ella necesitaba comer. Calles se desesperó. Intentó comunicarse con su mamá pero nunca obtuvo respuesta. Él sabía que lo mejor que podía hacer es conseguir un trabajo, pero también sabía que su aspecto no le iba a ayudar; aun así él tiene labia, – Yo nací y me crie en casa humilde, pero la educación me quedó bien aprendida, yo me sé dirigir a la gente y por eso me dieron trabajo en un Restaurante –. Fue más que oportuno, salía temprano a trabajar y estando allá todo el día se ahorraba dos comidas, lo que se hacía era todo para la casa, pero seguía ejerciendo su otra labor.

El reloj marca las 4:00pm de un jueves y Calles sale del restaurante, un parcero lo esperaba para ir a "hacer las vueltas". El tipo le hace el beat, Calles improvisa su rap para calmar el nervio. Llegan al paradero y detiene el primer bus que pasa – ¿Me lleva por mil? – El conductor le abre la puerta. Calles se sube y se mete la mano al bolsillo para sacar el dinero, mientras tanto su acompañante retiene la puerta para que no se cierre. Calles saca un arma, la recarga – *Qué hubo gonorrea, pásenme los celulares* – El conductor intenta cerrar la puerta y no puede, las personas entran en pánico, hasta que no tiene todos los celulares no sale. Calles y su amigo corren entre los carros y se pierden en medio del tráfico.

Para la marihuana, el bóxer y el perico siempre hubo dinero, Calles solía buscarla en el sector más peligroso de la capital, el centro comercial de todo lo que está realmente jodido en la vida, El Bronx, allí mismo iba a vender lo que robaba y además se pegaba sus perdidas de consciencia a punta de pegante, con el tiempo la vida de Calles se oscureció tanto que ni él se reconocía.

Durante 2 años la conexión con su mamá era intermitente, aunque constantemente recibiera mensajes de que Calles corría peligro,

pasaban los meses y Johanna permanecía ausente. En un día de compra y venta de artículos por el Bronx hacia el año 2010, Calles se enteró de que la madre de Enrique falleció y es por eso que éste se encontraba nuevamente en Bogotá. Calles imaginando que su familia estaría en el velorio de la mujer emprendió camino, no le importó que estuviera bajo los efectos de la droga, que no se hubiese bañado, que tuviera la ropa sucia y los zapatos rotos, que su apariencia fuese irreconocible gracias a la delgadez en la que estaba y que su cara se viese tan demacrada, a él nada le importó. Pero cuando llegó se topó con la sorpresa que el único en volver había sido Enrique.

Una vez entró al recinto nadie lo reconoció, murmullos iban y venían hasta que su padrastro lo vio. El hombre se llenó de tristeza y culpa al verlo y le pidió hablar. El frio azotaba a Calles y no dudo ni por un segundo sacar un "bareto" y encenderlo junto a su padrastro. Enrique supo que debía hacer algo, le pidió una foto, se la envió a su esposa Johanna e instantáneamente soltó una frase que le dio un giro a la vida de Calles:

– Usted no puede seguir así, no lo voy a dejar, nos vamos para España. –.

Así fue, Calles se encargó de hacer todo el papeleo. No faltaron los tropiezos, altibajos e inconsistencias. Faltando una semana para el viaje todos los documentos de identidad los botó; menos mal un ángel, un golpe de suerte, los chacras se activaron, los planetas se unieron y un indigente como él terminó ayudándole a encontrarlos justo para el gran día.

Llegó el día, la maleta de Calles iba vacía de objetos, ni ropa llevaba, solo un cuaderno y un lapicero con sus letras y unos audífonos; de lo que si iba llena era de ilusión y sueños, de ganas de empezar de cero y hacerlo bien. Se compró una camisa a cuadros, un pantalón decente un par de tenis de 15mil pesos para estar a la altura. – *"Entrar ahí a la sala de espera y usted un día haber estado en la olla del Bronx lleno de indigentes, de locura y todo, y al otro día en menos de nada estar en una sala de espera de un avión para un vuelo internacional de 12 horas, con comida gratis, yo sentía que era como un perrito que empieza a descubrir olores o sea todo olía a nuevo, a rico todo muy chévere"* –.

Una vez puso un pie en tierra española el semblante le cambió. Su madre Johanna lo abrazó, lloró y y solo pensaba en que necesitaba darle de comer. S e subieron al carro y Johanna le pasó un celular, decía que necesitaba saber de él constantemente.

Calles estaba feliz, llegar a la casa y encontrar una nevera llena para él era sorprendente, sus hermanas en 6 años habían crecido mucho y Enrique era un hombre nuevo. Calles sintió que su vida realmente iba a cambiar y ahí justo en ese momento decidió que las rimas ya no podían quedar solo para él, que su música tenía que escucharla el mundo.

Su cabeza y su corazón eran un tesoro de experiencias y sentimientos que plasmaba en un cuaderno, todo lo escribía hasta que le dio vida a

Por Paula Ortíz

ENTRE RAÍCES
ENDEBLES



Por todos aquellos a los que la guerra y la sórdida realidad les arrebató la posibilidad de tener y crecer en medio de una familia.

Una joven de tez trigueña, piernas largas y torneadas, con una sonrisa siempre dibujada en su rostro y unos ojos negros tan brillantes como dos luceros que reflejan la inocencia de su ser y las tristezas que habitan los recovecos de su corazón. En medio de la noche, en un barrio popular con su frescura y naturalidad siempre presentes, ella se atreve a viajar por los rieles del tiempo en el vagón de la memoria para desentrañar sus más cálidos y fríos recuerdos de los que han sido sus 18 años de existencia.

El conflicto en Colombia, es la confrontación bélica interna más antigua del hemisferio occidental y en sus más de 50 años no hay ningún colombiano cuya vida no haya afectado directa o indirectamente. Las cifras lo dicen todo: más de 260.000 mil muertos, miles de desaparecidos, casi siete millones de desplazados, violaciones, falsos positivos, masacres, secuestros e incontables tragedias personales y familiares.

Muchos han bebido del trago amargo de la guerra, las heridas que hoy empiezan a cicatrizar tienen cimientos en lo más profundo del alma. Xiara, nació el 21 de diciembre del 2001 en la ciudad de Neiva junto a su hermano mellizo, Camilo. A su padre nunca lo conoció, era un militar del Ejército Nacional de Colombia que fue abatido en un enfrentamiento con las Farc, cuando la madre de Xiara estaba con apenas tres meses de gestación.

Esta fue su primera relación directa con el conflicto, que aunque fue vivida a través de las fibras y sensaciones de su madre, es una experiencia que no le permite ni siquiera inmutarse cuando lo menciona. Sin que un solo músculo de su rostro maticen alguna expresión, con voz fuerte y la mirada fija, reconoce que hubo un padre a quien la muerte le salió al paso y le arrebató la posibilidad de acariciar el rostro de sus pequeños hijos.

esde este episodio, y sin saberlo, comenzaría para Xiaria, su madre y su hermano mellizo un camino lleno de altibajos que se asemejaba a un continuo recorrido en montaña rusa. Como si fuera poco, la madre de Xiara fue diagnosticada con esquizofrenia, un trastorno mental que provoca la combinación de alucinaciones, delirios e interpretación de la realidad de manera anormal, afectando el razonamiento y el comportamiento de forma directa. Esta situación la mantuvo alejada de sus hijos, estuvo internada en diferentes centros psiquiátricos sometida a distintos tratamientos para controlar y reducir los efectos de este trastorno.

La niñez de Xiara no transcurrió como la de otros, sus días acontecieron bajo la sombra de la imagen desecha y ausente de sus padres. Creció junto a su hermano en la finca de sus abuelos, a los 8 años la ingresaron en el internado de la Sagrada Familia, allí permaneció durante 4 años, tiempo en el que su rebeldía, astucia y personalidad extrovertida le ocasionaron grandes inconvenientes que terminaron provocando su expulsión de la institución.

En consecuencia, su abuela, quien para entonces era su acudiente, optó por solicitar ayuda ante el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF), pues ningún otro pariente quería hacerse cargo de los mellizos y a ellos esta situación

los rebosaba, no contaban con el dinero, las comodidades, la educación y la atención que ambos hermanos necesitaban.

El ICBF atendió al llamado y les adjudicó rápidamente un hogar sustituto, una casa donde habitaba una familia que les ofrecía a los niños y jóvenes todo lo necesario para su bienestar, y aunque físicamente lucía como un hogar acogedor, nunca se sintió de tal manera. Xiara siempre añoro a sus seres queridos, todos los días la invadía un sensación de incertidumbre y tristeza al imaginarse de un lugar a otro buscando un poco de tranquilidad y felicidad, era un constante sentimiento que le recordaba que ya no encajaba en ninguna parte. Pero… pese a los limitantes y lo difícil que era adaptarse todo esto solo representaba un oportunidad, una tregua en ese camino tan pedregoso que ya no la dejaba avanzar.

Sin embargo, su paso por este hogar no se prolongó por mucho tiempo, la aparente calma y estabilidad de los mellizos se troncaría con la noticia de que el ICBF los pondría en adopción, les buscaría una nueva familia, una que que se hiciera cargo de ellos y pudiera brindarles lo necesario para su estabilidad, esta vez de manera permanente.

Este hecho despertó sentimientos encontrados, por un lado, Xiara se negaba a la idea de separarse de su hermano Camilo y de acomodarse a una familia que no era la suya, y por otro, el saber que esto sería lo último a lo que se enfrentaría le causaba algo de ilusión.

No obstante, el proceso se vino abajo pues la familia paterna mostró interés en hacerse cargo de los mellizos. Una de sus tías asumió la responsabilidad y se los llevó a vivir a su casa, aparentemente ambos hermanos volverían a su núcleo familiar, sin embargo, esta ilusión solo duró dos meses, su tía, quien parecía la heroína de esta historia, terminó aburriendose de su presencia en la casa y como juguete que ya no se desea, los devolvió al ICBF.

Continuando con su destino ambulante y errante, Xiara y Camilo fueron ubicados en hogares de paso distintos, hombres y mujeres debían estar separados. A Xiara le arrebataron lo único que la aferraba a un sentimiento de familia, su hermano. Fue obligada a convivir con otras niñas que al igual que ella, estaban solas, desamparadas e invadidas por el miedo que produce el futuro.

Su estadía en este lugar representaba un desafío diario, todo era de todos y finalmente, nada era de nadie, un trabalengua de convivencia que

poco a poco le hizo entender que solo su ser le correspondía. Le robaron su ropa, se adueñaron de sus pertenencias, y hasta se escondía debajo de la cama para evitar que la agredieran, no iba al colegio y ni siquiera podía asomarse a la ventana, para ese entonces aquel hogar era una especie de correccional en la que ni siquiera entraba la luz del sol.

Dos meses después les asignaron un nuevo hogar sustituto, allí se encontró de nuevo con su hermano, pero todo seguía igual, la señora con la que vivían, la obligaba a realizar todas las labores del hogar, peleaban constantemente y en menos de dos meses ambos regresaron al hogar de paso. Y así, los años siguieron avanzando, de casa en casa, de problema en problema, nunca terminó por adaptarse a un lugar, no hubo uno solo que sintiera como suyo, siempre fue esa visitante que ni siquiera desempacaba del todo la maleta porque sabía que su estadía, al igual que ella, sería pasajera.

Después de tanto andar, de ver rostros nuevos y cuestionar su estadía en este mundo, por fin Xiara logró asentarse, esta vez, bajo el cargo de doña Gladis, su esposo y tres hijos, una pareja que además de Xiara, tienen a cargo otros 5 niños que hacían parte del ICBF. Una familia extremadamente grande y diferente que sobrevive a ras dia a dia.

No le han dado el amor que ella esperaba, a veces la hacen sentir a la deriva, sin nada ni nadie a quien acudir, no siempre hay para comer y con lo poco, se le da preferencia a los hijos que son de sangre. Hay días buenos en los que al menos, tiene alguien que le pregunta por su dia en el colegio, es muy poco, pero sin duda alguna es mucho más de lo que algún recibió, es más de lo que puede pedir en un ambiente en donde ella sigue siendo la adoptada.

A pesar de todo lo que ha vivido, Xiara es una niña muy alegre, extrovertida y es dueña y señora de la pista de baile, no hay quien la pare cuando sus movimientos son guiados por el son de una Champeta, es una excelente líder y poco a poco ha ido sacando sus estudios adelante. Nunca ha ocultado su tristeza, cada que alguien le habla sobre la familia, revive una y otra vez el tormento de su pasado, la necesidad infinita de sentir el amor de aquellos padres que la vida desde diferentes circunstancias le arrebató, de esos abuelos, tíos, primos y demás familiares que nunca pudieron hacerse cargo de ellos porque la condición económica no se los permitía.

Nunca ha negado que desde pequeña aprendió lo que es la soledad, el llanto y melancolía. Dios le quitó todo lo que más quería pero le regalo un corazón fuerte y bondadoso que ahora solo la hace pensar en el bien ajeno, en la felicidad del otro y su compromiso por dar lo mejor de sí. Xiara, se ha enamorado y se entregó a la experiencia del primer amor pues ve en aquel joven una especie de apoyo y familia con la que nunca ha contado, tener con quien compartir tiempo, hablar de sus emociones, de todo aquello que desea, es una forma de poder liberar su alma, de sentirse plena y muy cómoda.

No guarda ningún tipo de parentesco con su mamá más allá del sanguíneo, nada en ella se asemeja a la mujer que hace años atrás le dio la vida, sin embargo, Xiara la recuerda todos los días, la siente cerca aunque ella viva en Bogotá y desde hace mucho tiempo no sepa nada de su vida o su estado de salud, en su honor (y como forma agradecimiento), Xiara desea ser psicóloga, especializarse y poder ayudar a personas que al igual que su madre padecen trastornos psicológicos que atropellan de forma atroz sus vidas.

Su más grande sueño es poder formar aquella familia que nunca tuvo, tener una casa en la que pueda construir un hogar, que sus hijos tengan amor, paz, comprensión, que tengan todo lo que a ella una vez le arrebataron. Desea enormemente romper con la sensación de incomodidad, de estorbo, añora con el alma sentirse parte de un lugar, ese día, su recorrido por el mundo terminará, se dedicara a ser feliz en ese pequeño espacio que la hace sentir como en casa.

Benditos aquellos que cuentan con una familia, que han echado raíces en compañía y que crecen a la par rodeados de amor, benditos aquellos que cuentan con la bendición que muchos anhelan.

Por Carolina Torres

SIEMPRE CON UNA SONRISA



Mientras observo sus grandes pestañas y ojos color marrón, recuerdo un adagio popular "los ojos son la ventana del alma"... y sí, a través del brillo de sus ojos Andrés pone en aviso ser un joven alegre, audaz y coqueto.

ASÍ COMIENZA MI VIDA...

A sus 22 años; Andrés, tiene muchas historias que contar de su vida, todas con un tinte de particularidad. Desde que estaba en el vientre, su madre se enteró que el portador de esperma tenía otros hijos y un hogar; el cual ella no quiso incomodar. Por esta razón; Johana, con apenas 19 años, tomó la decisión de abandonar Planadas y buscar un nuevo lugar para vivir.

Llegaron al corregimiento el Caguán, ubicado al sur del caluroso municipio de Neiva.
Allí parecía que la vida pintaba mejor, no tenían lujos ni excentricidades pero encontraron un hombre que se convirtió en el padre de Andrés y compañero de Johana, durante 9 años.

Andrés recuerda la infancia como la mejor etapa de su vida. Crecía en medio de travesuras, malas calificaciones en el colegio, peleas con sus compañeros y vecinos; paseos improvisados al río cuando no tenía clase y un buen número de "chancletazos y jueteras" que sus padres usaban para reprenderlo. Acompañaba a su madre a lavar ropa al río, -"dos mil por prenda, cobraba mi mamá"- ; de vez en cuando le ayudaba a su padre, pero consideraba que era una labor extenuante -"eso de echar pala y pica me

parecía lo más duro del mundo"-. En algunas ocasiones tuvo que hacer el papel de niñero y quedarse en casa cuidando de su hermano.

Ver el esfuerzo diario que hacían sus padres para llevar a casa una cantidad mínima de dinero, le producía una necesidad y deseo de superación por obtener un título profesional y de esta manera conseguir mejores opciones de empleo. Lo que lo hacía reflexionar sobre su rendimiento académico en el colegio.

HASTA AHÍ, TODO IBA BIEN...

A este joven la vida le dio un giro de 360° cuando sus padres tomaron la decisión de separarse y cada uno tomar caminos distintos. Andrés inició una nueva vida en Planadas, junto a su madre y hermano. Lo más triste para él fue alejarse de su padre, un hombre que lo había acogido con amor y que trabajaba incansablemente para que nada les hiciera falta.

En Planadas vivió tan solo dos años, pues su madre consiguió una pareja poco agradable y muy violenta. Un día; Andrés, cansado de tantos abusos y cegado por la ira; se armó de valor y tomó un cuchillo y sin pensarlo se lo clavó en un brazo a este hombre.

Segundos después, su reacción fue salir corriendo y buscar donde esconderse, pues sabía lo que le esperaba si seguía en esa casa.

Sus días en Planadas habían terminado.

Por temor a posibles represalias, su madre decidió enviarlo a Neiva. Este joven no tuvo otra opción y regresó al Caguán,- "las cosas habían cambiado, mi papá había vendido la casa y estaba de arrimado donde una tía"-

Llegar de nuevo a Neiva le generaba sentimientos encontrados; por una parte anhelaba ver a su padre, saber de sus amigos y seguir con su vida, pero sentía tristeza al saber que su madre y hermano se quedaban cerca de aquel hombre por el que solo odio sentía.

Al llegar a Neiva su tía lo recibió en la casa, allí tuvo que pasar muchas incomodidades; desde sentir que no era bienvenido hasta no tener ni un colchón en donde dormir. Su padre no era el mismo hombre que dos años atrás había abandonado por caprichos de su madre. Refugiarse en el alcohol por causa de la soledad y los malos negocios hicieron que se convirtiera en un hombre frívolo. Totalmente desconocido para Andrés.

De sus anécdotas más extrañas, viviendo en Neiva, recuerda que estuvo 3 meses en un hogar de bienestar, no sabe a ciencia cierta el motivo. Lo que tiene muy claro es que su tía y su padre nunca se enteraron, pensaron que durante ese tiempo Andrés estaba con su madre en Planadas.

Desde entonces se le abrieron las puertas al libertinaje, y con estas la etapa de la adolescencia; pero siempre tuvo en cuenta que la mejor manera de afrontar los obstáculos en la vida es con la frente en alto y una gran sonrisa.

LO QUE RESTA DE MI VIDA

Andrés planea terminar su pregrado en ingeniería agrícola y luego lanzarse a una aventura mucho más grande..." sería la más emocionante de mi vida" Desea recorrer Sur América, conocer los lugares que ha visto a través de fotos y regresar a Colombia con una nueva lista de anécdotas y aventuras.

Por Luisa Cruz

Y aunque suene obvio, luego de Once… viene Doce

DOCE VIDAS UN PROPÓSITO

El lunes 09 de febrero del 2015 a las 6:00 a.m. nos encontramos todos en el salón 426, ellos en su primera clase como nuevos estudiantes del Programa de Comunicación Social y Periodismo de la Universidad Surcolombiana y yo, como Docente encargado de orientar la asignatura de Comunicación y Sociedad. Hoy, cuatro años después, mientras corren los días del mes de marzo del 2019 y cuando estamos en el proceso final de sustentar el Proyecto de Investigación para que puedan optar a su título como profesionales, entiendo que aquello no fue casualidad.

La idea de constituir un semillero de investigación nació en algún momento del 2016, no tengo la certeza y exactitud del cuándo, pero estoy seguro que fue en medio de alguna de nuestras conversaciones de salón o de pasillo cuando salían las preguntas sin respuestas concretas sobre cómo iban a graduarse, qué énfasis de la carrera iban a tomar, qué les tendría el futuro respecto a su vida laboral. Sea cual fuere el momento, lo importante fue que coincidimos en algo puntual, encontrar la mejor estrategia para profundizar sus aprendizajes, fortalecer sus habilidades y aprovechar el tiempo para avanzar en un ejercicio de investigación que, a la postre, fuera su modalidad de grado… así nació el Semillero de Investigación Generación Sur.

Inicialmente, en el 2017, el Semillero fue conformado por 15 estudiantes, con quienes empezamos a construir colectivamente el proyecto de investigación que, luego de muchas reflexiones, discusiones y decisiones, decidimos denominar ***PAZatiempo: Imaginarios sobre Paz y Postacuerdo de Jóvenes de la Ciudad de Neiva.***

Lo que vino luego fue un buen tiempo dedicado al proceso de formación teórica para tener el sustento de la investigación, un ejercicio consciente de lectura de contexto

un esfuerzo creativo para definir las metodologías más adecuadas que permitieran alcanzar los objetivos y, finalmente, una persistente gestión comunitaria para conformar los colectivos juveniles para trabajar en las cuatro comunas (6, 8, 9 y 10) y el corregimiento (El Caguán) que habían sido focalizados para adelantar el ejercicio investigativo.

En el año 2018, previo a arrancar en firme con el trabajo de campo, se hizo necesario revisar el funcionamiento del grupo, por ello, teniendo en cuenta el cumplimiento de compromisos y los retos que se avizoraban, además de otras motivaciones personales, el número de integrantes quedó reducido a once, que no tardó en subir a doce con la llegada de un nuevo integrante a Generación Sur. Fue así como en marzo de 2018 el Semillero y los colectivos juveniles de las cinco comunidades empezaron Pazatiempo con la realización de los talleres temáticos, las actividades de impacto comunitario y la producción de piezas comunicativas; todo en un ejercicio pensado por jóvenes, ejecutado por jóvenes y dirigido a jóvenes que en medio de su complejidad y diversidad, sentían el interés en hacer parte de un escenario en el que se conversaba libremente sobre ellos mismos, sobre sus gustos, miedos y maneras de dialogar con temas coyunturales de la realidad nacional como era el conflicto, la paz y el postacuerdo.

Fueron cerca de cinco meses intensos de trabajo, en los que se puso en juego todo un andamiaje académico con el que se amparaban los integrantes del Semillero. Ellos, los jóvenes de las comunidades, el mundo adulto, los teóricos leídos, las realidades, todos se sumaron a un gran diálogo en el que inevitablemente los resultados empezaron a emerger como parte de la investigación.

Durante los últimos cinco meses del 2018 vino la etapa del análisis de los resultados y de la escritura colectiva del informe final, de la escritura de los relatos de vida, del montaje de las piezas audiovisuales, de concretar en elementos tangibles la historia de este proceso.

Finalmente, los primeros dos meses del año 2019 fueron dedicados a la carpintería de los productos finales, a revisar y ajustar lo que fuera pertinente en los documentos escritos, digitales y audiovisuales. Y es así como se va cerrando el proceso, con la entrega de un informe de resultados de investigación que se presenta en un documento académico, tres videos sobre las temáticas del proyecto, un documental sobre Generación Sur y Pazatiempo, doce cápsulas audiovisuales sobre la Juventud y Paz y finalmente en este libro, que recoge once relatos de vida de jóvenes que de una u otra manera, representan no solo

a las comunidades donde se llevó a cabo el Proyecto, sino a muchos jóvenes de la ciudad y del país.

Además de la importancia académica que arrojó el Proyecto con lo conseguido, de todo esto me quedo también con los aprendizajes que me dejó la experiencia de trabajar durante este tiempo con doce jóvenes maestros que a sus maneras, a veces complicadas de comprender y asimilar, me reafirmaron la importancia de potenciar las diversas capacidades que tienen todos los jóvenes, de creer y crear con ellos en nuestras aulas de clase; de tener la tranquilidad de saber que la confianza, el afecto y el respeto son parte esencial de un buen proceso de enseñanza aprendizaje; pero sobre todo, me quedo con la certeza de saber que habernos encontrado en su primer día de clases en la Universidad no fue una casualidad, porque hoy, cuatro años después, es para mí muy satisfactorio poder haberlos acompañado durante su universidad y aportarles algo en su formación como personas, ciudadanos y profesionales.

Gracias por sus compromisos y sus esfuerzos para dinamizar y mantener vivo nuestro semillero Generación Sur. Por ahora con Pazatiempo ya todo está hecho y, como se los dije en algún momento, estaba seguro que de esto saldrían Ahora solo me queda esperar en unas semanas poder ver a esos doce jóvenes con quienes me crucé en un salón en el 2015 conseguir el propósito con el que llegaron aquel día y empezaron sus estudios, el de graduarse como Comunicadores Sociales y Periodistas de la Universidad Surcolombiana. Pronto el propósito será toda una realidad.

¡Muchas felicitaciones por lo alcanzado!

¡Muchos éxitos en las nuevas metas que se propongan!

Gracias Annie, Carolina, Claudia, Kristian, Luis Carlos, Luisa, Natalia, Neyder, Niyireth, Paula, Viviana y Yanith.

Con el afecto de siempre… ***"El Profe".***

Por: Erinso Yarid Díaz Rodríguez

Generación Sur

PAZATIEMPO



Once historias componen este libro. Once voces que intentan contar, desde diversos relatos de vida, una línea de hechos particulares que han atravesado el espíritu representativo de la vida de un grupo de jóvenes de la ciudad de Neiva.

Once

Relatos Juveniles